ORIGENES DEL HOMBRE

Los Celtas (I)

19

TIME LIFE

folio

Los Celtas (I)

ORIGENES DEL HOMBRE

Los Celtas (I)

TIME LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: Duncan Norton-Taylor
Asesores: Bruce D. Boling, Bernard Wailes, Stuart Piggot, Anne Ross, John R. Elting y Julián Viñuales

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo (Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño de la cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S.A. 15-4-94
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Time-Life Books Inc. All rihts reserved
© Ediciones Folio, S.A., 1994

Distribución exclusiva para España y América:
Editorial Rombo, S.A.

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-7583-458-2 (volumen I)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-8486-94
Printed in Spain

Índice de materias

VOLUMEN I

Capítulo primero:
Una estirpe apasionada y creativa 8
Secuencia gráfica: Evocación de un modo de vida desaparecido 23

Capítulo segundo:
Siglos de esplendor 32
Secuencia gráfica: Las obras de arte de un pueblo primitivo . 53

Capítulo tercero:
Aproximación a la vida de los celtas. 62
Secuencia gráfica: Violento relato celta en un panel de plata . 77

Introducción

En la actualidad, y a pesar de los serios estudios realizados en estos últimos cien años, la idea que la gente tiene sobre los celtas está todavía llena de conceptos erróneos que afectan a toda su historia: druidas siniestros que contemplan los sacrificios de víctimas humanas, guerreros que se embriagan con sangre, irlandeses encantadores aunque informales, escoceses de la montaña rudos y mezquinos, galeses duros y errantes. En el mejor de los casos, los actuales descendientes de los celtas son vistos como nacionalistas vinculados a un clan, consagrados apasionadamente a desatinadas y desusadas tradiciones. En el peor de los casos, nunca se ponen en relación los conceptos de "celta" y de "civilización".

Sin embargo, los celtas desarrollaron una verdadera civilización que floreció no sólo en Irlanda o en las Islas Británicas sino en primer lugar y de un modo muy significativo en Europa continental. En el período comprendido entre los años 700 a. de J. C. y 100 d. de J. C. había tribus celtas en Francia, Alemania, Suiza, Austria, Hungría y Checoslovaquia. Durante este período la cultura celta atravesó el Canal de la Mancha y el Mar de Irlanda y llegó a arraigar en Britania.

En el continente, la cultura celta –con su organización social rígidamente estructurada, su religión administrada por los druidas, su elocuente tradición de heroicas leyendas transmitidas oralmente de generación en generación y su fantástico arte– se mezcló con las costumbres y tradiciones romanas, a veces con pérdida definitiva de su propia identidad. Y en Inglaterra esta misma cultura celta se mezcló con la de diversos invasores: romanos, anglos, sajones, vikingos, normandos.

A excepción de algunas partes lejanas de Escocia y de Gales, únicamente Irlanda permaneció como fortaleza celta. Protegida contra las influencias externas por el mar que la rodea, Irlanda conservó las tradiciones celtas de una vida tribal rígidamente organizada, de una poesía recitada por los bardos y de un arte vital "bárbaro". Allí se conservó incluso la antigua lengua de los celtas de Irlanda –conocida popularmente como gaélico–.

Ningún invasor, fuese hostil o benevolente, logró borrar de Irlanda la impronta celta. Cuando los vikingos invadieron el país y lo despojaron de sus tesoros celtas, el espíritu creador celta reaccionó. Cuando el cristianismo llegó a Irlanda se sometió al estilo celta: los primeros cristianos irlandeses no se romanizarían. En realidad, la misma Iglesia Romana iba a transformar los antiguos modos celtas en una vida moderna. A través de los sabios escritos, del arte y de la poesía de los influyentes monjes irlandeses, algunos elementos de la cultura celta fueron incluso restaurados en la patria continental de la que habían sido importados.

Sin los conocimientos sobre los celtas, extraídos de los manuscritos de los monjes irlandeses medievales, los estudiosos modernos se tendrían que basar casi por completo en los textos de los escritores clásicos griegos y romanos que, como conquistadores, deliberadamente desfiguraban a menudo a sus adversarios. Por suerte, se han conservado muchos documentos preciosos creados por los celtas mismos; además, la arqueología proporciona datos indispensables. Y quizás el conocimiento más gráfico de todos proviene de las gentes de algunas partes de Irlanda, que todavía conservan muchas de las costumbres de los antiguos celtas. Combinando estos elementos, los estudiosos del pasado pueden reconstruir una imagen verdadera de este pueblo apasionado, ingenioso y creador.

Los Editores

Capítulo primero:
Una estirpe apasionada y creativa



Una antigua leyenda irlandesa relata que hace mucho tiempo había en la provincia de Leinster un rico hacendado llamado MacDatho, el cual poseía un famoso perro sabueso. Este perro era de todos conocido por su habilidad en recorrer, en un solo día, los 630 km que suman las fronteras de Leinster. Ailill de Connaught y Conchobar del Ulster, monarcas rivales, enviaron sendos mensajeros a MacDatho pidiéndole el sabueso. Viéndose incapaz de decidir entre ambas demandas sin incurrir en falta con uno de los dos reyes, MacDatho invitó a éstos a un banquete y presentó en un gran recipiente un cerdo igualmente famoso, que había sido engordado durante siete años con la leche de 60 vacas.

Pero ¿quién iría a trincharlo? El honor pertenecía al mejor guerrero presente –ésa era la costumbre–, y uno tras otro los hombres de Connaught y del Ulster se levantaron de sus asientos y se colocaron alrededor del cerdo para alardear de sus hazañas. Cuando Cet mac Matach sacó su cuchillo y se adelantó, fue retado por Eogan Mor mac Durthacht. "Ah", dijo Cet, "yo te he visto a ti antes. Yo robé un rebaño de bueyes exactamente frente a tu casa. La lanza que tú me arrojaste se clavó en mi escudo y yo la saqué y te la metí en el ojo." Y Eogan, el tuerto, se sentó.

Después fue Munremur mac Gerrcind quien retó a Cet, y Cet contestó: "Hace sólo tres días robé tres cabezas de tus guerreros junto con la de tu hijo primogénito", y Munremur se calló. Así estaban las cosas cuando de repente se abrió la puerta e irrumpió el héroe más famoso del Ulster, Conall el Victorioso, con una hazaña de mucho mayor alcance que cualquier otra que Cet pudiera presentar: Conall dijo que jamás había pasado un día de su vida sin matar como mínimo a un hombre de Connaught. Entonces Conall trinchó el cerdo y eligió la mejor parte para sí y dejó sólo para los hombres de Connaught las dos patas delanteras. Ante esto, los hombres de Connaught se indignaron y atacaron a los hombres del Ulster, y la sangre corrió en siete ríos a través de las siete puertas de la casa de MacDatho.

Viendo que no habría ninguna puja por su sabueso, MacDatho soltó al animal y lo dejó correr a su arbitrio. Este se encaminó hacia el Ulster, pero en la despedida de los huéspedes de MacDatho fue atropellado por el cochero real de Connaught y murió. Y así, refiere la historia, fue como el Ulster y Connaught concluyeron sus disputas en torno al perro y al cerdo de MacDatho.

Despojada de su adorno literario, esta clásica historia celta refleja la esencia de un mundo real y de unas gentes reales. Festines, luchas y alardes rituales eran típicos entre los celtas, un pueblo antiguo, artificioso, que ocupó la parte central de Europa y las Islas Británicas durante unos 800 años, entre el 700 a. de J. C. y el año 100 d. de J. C., fecha de su casi completa asimilación al Imperio Romano. Aunque su mundo está ahora muerto, su cultura influyó en buena parte del continente, y se extendió desde Irlanda hasta las costas del Mar Negro.

Los celtas parecen un pueblo paradójico. Conservaron en sus mentes la imagen de una sociedad ideal heroica, pero vivieron como prósperos ganaderos y agricultores –ocupados a menudo en el robo de ganado–. Adoraban a dioses moradores de bosques sagrados, pero en los sacrificios que ofrecían a estas divinidades inmolaban seres humanos. Admiraban la artesanía experta y las hazañas intelectuales, y al mismo tiempo eran ávidos cazadores y luchaban unos

Un rostro celta, que se cree puede ser el de un dios, mira fijamente desde el panel de un recipiente ritual de bronce del siglo I a. de J. C. Tal vez fue hecho en Europa central y llevado a Dinamarca, donde se encontró en 1945. Este rostro es uno de los miles descubiertos en todo el dominio de los celtas, donde se veneró la cabeza humana como símbolo de vida y poder.

contra otros por un insulto –ferozmente, y a menudo por el simple placer del combate–.

Durante el período de su apogeo, los celtas influyeron profundamente en el desarrollo de la historia de Europa. Llevaron el conocimiento del hierro a la zona situada al norte de los Alpes y extendieron su uso a lo largo y ancho de sus dominios *(páginas 12-13)*. En esta parte de Europa los celtas introdujeron también un buen número de importantes innovaciones tecnológicas: con sus arados y guadañas de hierro y quizá con la más antigua versión de una máquina de segar, establecieron un tipo de agricultura intensiva, en la actualidad reflejada en la región exquisitamente cuidada del oeste de Europa.

También hay que reconocer a los celtas su contribución a una mayor movilidad de los pueblos de Europa. Con su típico espíritu emprendedor abrieron toscos caminos en la tierra e incluso pavimentaron algunos con troncos, matorrales y piedras. Sobre estos caminos se deslizaron carretas de cuatro ruedas y carros de dos ruedas. Las ruedas llegaron a un notable grado de perfección. El diseño exigía una pina –o aro– de una sola pieza de madera, en vez del tipo antiguo de aro obtenido por la unión de varias partes separadas; sobre el aro iba una delgada llanta de hierro. En realidad la llanta se montaba sobre el aro, cuando el hierro estaba todavía caliente *(páginas 24-25)*, mediante un proceso que luego quedó olvidado y que tuvo que ser reinventado más tarde.

Finalmente los celtas dieron origen a un buen número de pueblos modernos. Sangre celta, por muy diluida que esté, corre por las venas de ingleses, franceses y muchos estadounidenses; corre abundantemente entre galeses, bretones, escoceses y especialmente irlandeses. Entre los franceses, por ejemplo, es el elemento galo. Aun cuando los celtas de la Galia adoptaron algunas de las costumbres de sus conquistadores romanos (teniendo poco que escoger en

Cronología celta

h. 1000-750 a. de J. C.
Pueblos protoceltas de la cultura de los campos de urnas dominan la mayor parte de Europa continental.

h. 700 a. de J. C.
Antiguos celtas de Austria entierran espadas de hierro con sus muertos.

h. 600 a. de J. C.
Los griegos fundan la colonia de Massilia y abren el comercio entre los celtas del interior de Europa y el Mediterráneo.

h. 500 a. de J. C.
Empieza el comercio entre etruscos y celtas. Comienza el período de la cultura celta de La Tène.

h. 400 a. de J. C.
Los celtas invaden Italia y fundan la Galia Cisalpina.

390 a. de J. C.
Tribus celtas merodeadoras destruyen Roma.

h. 400-100 a. de J. C.
La cultura de La Tène extiende su estilo artístico característico por Europa hasta las Islas Británicas.

279 a. de J. C.
Tribus celtas invaden Grecia.

h. 275 a. de J. C.
Los celtas establecen el estado de Galacia en el norte de Turquía.

230 a. de J. C.
Los celtas de Galacia son derrotados en una batalla por los griegos de Pérgamo, en Turquía occidental.

225 a. de J. C.
Un ejército romano derrota a los celtas galos invasores en Telamón, en Italia central.

h. 200 a. de J. C.
Establecimientos fortificados permanentes *oppida*– se extienden desde la Galia hasta Bohemia conforme crece la población.

191 a. de J. C.
La Galia Cisalpina cae bajo la dominación romana.

h. 100 a. de J. C.
Los belgae emigran de Europa continental a Britania para escapar a la hostigación de las tribus germánicas.

58-51 a. de J. C.
La guerra de las Galias dirigida por César somete a la mayoría de los celtas del Continente.

43 d. de J. C.
El emperador romano Claudio ordena la invasión de Britania.

432 d. de J. C.
San Patricio empieza su misión de cristianizar Irlanda.

563 d. de J. C.
San Colum Cille establece el monasterio celta de Iona.

590 d. de J. C.
San Columbano funda centros monásticos y escolásticos en Europa.

este aspecto), ellos, no obstante, se asieron al espíritu de sus propias tradiciones celtas. Consideremos, por ejemplo, el arte románico, un estilo que alcanzó su máximo desarrollo en la Francia medieval: sus motivos fueron liberalmente copiados del arte de numerosos predecesores –griegos, romanos, bizantinos y, particularmente, celtas *(páginas 53-61)*–.

En los libros de historia se tiene poco en cuenta a menudo el amplio substrato celta que fundamenta notablemente la sociedad occidental, en parte porque los mismos celtas antiguos no creyeron en los documentos escritos. Aunque sus hombres cultos, los druidas, sabían leer y escribir griego y latín, prefirieron legar la crónica de la existencia de su pueblo por vía oral en forma de verso. La poesía no fue un mero recurso literario, sino un recurso mnemotécnico que intentaba fijar los detalles de las historias en las memorias de los druidas. Tan fuerte fue esta tradición de la literatura oral que ninguna de las historias o leyes celtas fue transcrita en papel hasta seis o siete siglos después del nacimiento de Cristo; y entonces esta labor la realizaron celtas cultos de una época tardía, los monjes irlandeses.

Aparte la falta de una literatura escrita, es difícil rastrear la tradición celta en la historia europea porque los celtas no pensaron en ellos mismos como un pueblo único. Hablaban variantes de la misma lengua y compartieron algunas creencias religiosas y un nombre genérico que los griegos escribían *keltoi* y los romanos *celtae*. No obstante, carecían de un sentimiento de nacionalidad que los mantuviera unidos. El celta, como individuo, era como el miembro de una banda callejera actual en el sentido de que su sumisión era siempre hacia su tribu. Y además, como las bandas, las tribus celtas estaban a menudo en guerra unas con otras. Debido a esta falta de unidad política en lo que, por otra parte, era un mundo culturalmente homogéneo, no siempre es fácil distinguir a los celtas de sus vecinos no celtas –especialmente de vecinos tan cercanos como los teutones, un grupo de tribus de habla germánica situados en las zonas al norte y al este del territorio celta en el continente europeo–.

Mas, a pesar de esta heterogeneidad, hay muchas claves claras de su identidad, proporcionadas principalmente por la antigua literatura irlandesa. La historia del perro y el cerdo de MacDatho es una entre tantas historias irlandesas referentes a aventuras de héroes extraordinarios. La colección más famosa de tales leyendas se conoce como Ciclo del Ulster y su antigüedad cuenta miles de años. Generaciones de hombres instruidos memorizaron las historias y las transmitieron oralmente hasta que más tarde, algo después del siglo VI d. de J. C., fueron transcritas por los monjes irlandeses –quizás no tan orgullosos de su tradicional habilidad, por tratarse de historias de sus antecesores celtas paganos–.

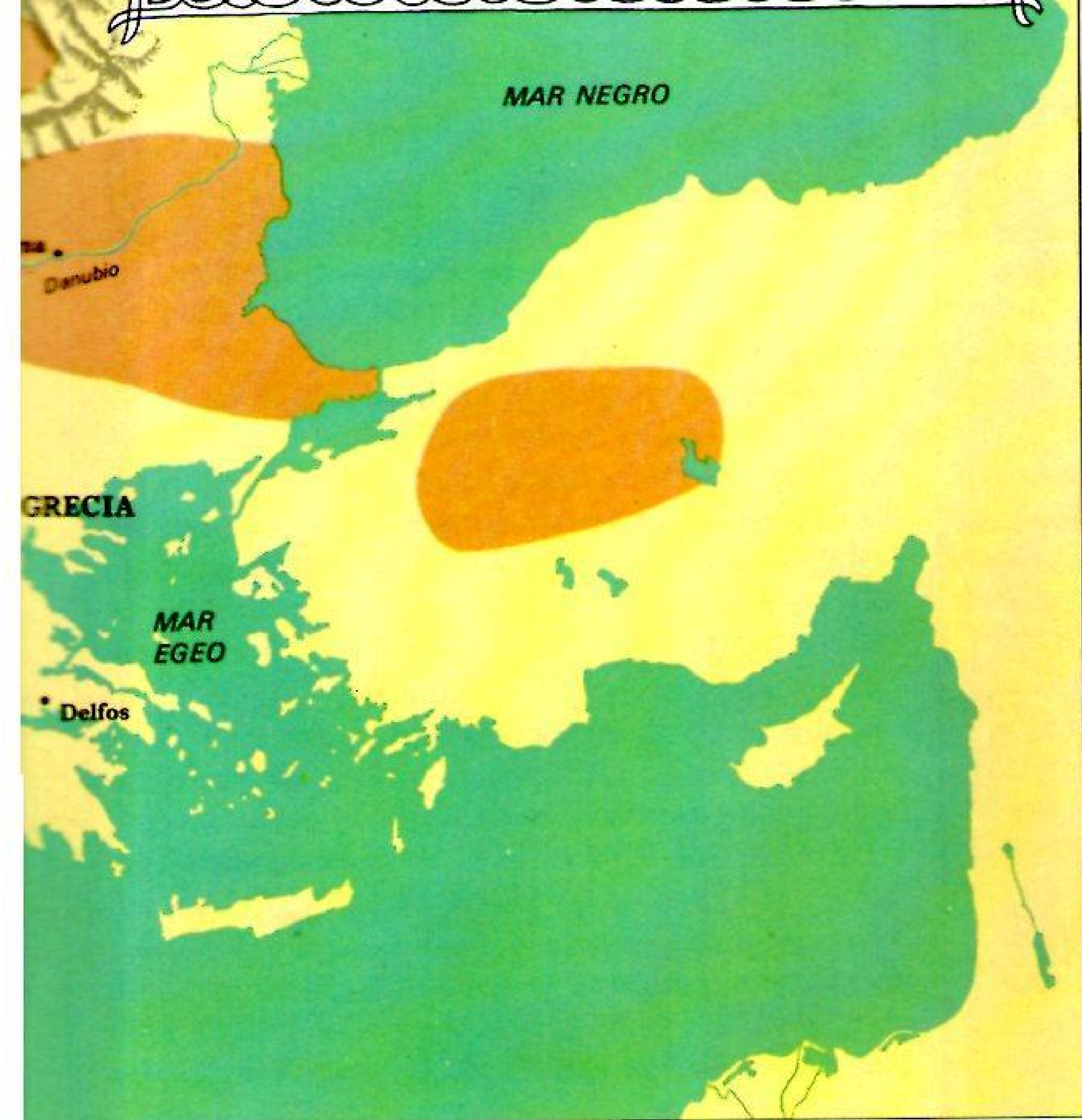
En realidad, Irlanda fue, y todavía lo es, un almacén compartimentado de información sobre su pasado celta. Su poesía y su prosa, así como muchas de sus costumbres y hábitos nacionales, están llenas de material que, en esencia, es celta. Esto se debe, en parte, a que Irlanda, durante muchos siglos, quedó casi libre de influencias externas. Los romanos, totalmente ocupados en Britania, no intentaron enviar sus ejércitos a través del Mar de Irlanda, y tampoco lo hicieron después los anglosajones. Y aunque los vikingos atacaron muchos lugares de la isla y establecieron ciudades comerciales en sus costas, jamás impusieron totalmente su cultura al pueblo irlandés. La Iglesia Católica, a pesar de su gran influencia en la vida irlandesa, se adaptó a la tierra y a sus gentes y se convirtió en una institución peculiarmente celta; en círculos clericales fue conocida realmente como la Iglesia celta.

Los irlandeses, igual que los galeses, conservaron


ESCOCIA
IONA
Abernethy
MAR DEL NORTE
LINDISFARNE
ULSTER
IRLANDA
DUN AENGUS
CONNAUGHT
Kells
Tara
Clonmacnois
Dublín
Durrow
LEINSTER
MUNSTER
SKELLIG MICHAEL
Housesteads
ISLA DE MAN
ANGLESEY
BRITANIA
GALES
Uffington
Londres
Stonehenge
Támesis
CORNUALLES
Little Woodbury
Maiden Castle
Gundestrup
MAR BALTICO
Rynkeby
Elba
Oder
Rin
Bonn
Msecke Zerovice
Pfalzfeld
Unetice
Praga
Basse-Yutz
Waldalgesheim
Trier
Rheinheim
Klein-Aspergle
CARPATOS
OCEANO
ATLANTICO
París
Sena
Viena
BRETAÑA
Heuneberg
Salzburgo
Sopron
Neuvy-en-Sullias
Vix
Hallein
Dürrnberg
Loira
Sequana
Salins
Hallstatt
Bourges
Autun
La Tène
NORICA
Strettweg
Saona
GALIA
Coligny
ALPES
GALIA CISALPINA
Ródano
Garona
Bolonia
Roquepertuse
Entremont
ETRURIA
MAR
ADRIATICO
Marsella
ITALIA
PIRINEOS
Roma
IBERIA
MAR MEDITERRANEO

UN EXTENSO MUNDO CELTA

En este mapa figura la época de influencia celta –en un tiempo de 800 años de saqueo, conquista y colonización, y en un área de unos 2.000.000 de km² de Europa y Asia Menor–. Las zonas en marrón oscuro incluyen la zona central celta, donde se desarrollaron las más antiguas culturas celtas identificables durante los siglos VII y VI a. de J. C. Las zonas en marrón claro señalan su expansión y su impacto cultural desde el centro a través de la masa continental europea, e incluye áreas tan separadas como Irlanda y la actual Turquía. Después de esta máxima expansión, hacia el 250 a. de J. C., el territorio celta disminuyó, de modo que en la época de Julio César, a mediados del siglo I a. de J. C., comprendía únicamente la Galia, una pequeña parte de la Península Ibérica y las Islas Británicas. Un siglo después, la cultura celta sobrevivía únicamente en Irlanda, que quedó aislada, sin que le afectara sustancialmente la influencia romana.



su herencia celta, en parte por ser un pueblo tenazmente conservador. Por ejemplo, en una fecha tan tardía como el siglo XVI d. de J. C., cuando los estatutos ingleses eran, oficialmente, la ley sobre el territorio, había rincones de Irlanda donde se acataba la ley irlandesa tradicional. Estas leyes arcaicas, codificadas y escritas hacía casi un milenio –exactamente igual que las historias épicas– procedían directamente de los antiguos tiempos celtas y se basaban en un tipo de sociedad tribal en la que los hombres eran responsables uno ante el otro más que ante la institución impersonal de un estado. Por tanto, un delito no era una ofensa civil sino la transgresión de un derecho privado, y el hombre que ofendía a otro pagaba su deuda a la familia de la parte injuriada, no a la sociedad.

Este respeto a la tradición antigua, por muy singular que pueda parecer al hombre moderno, convierte a Irlanda en una lente a través de la cual los estudiosos han sido capaces de entrever los rasgos tenues y vacilantes de un mundo hace tiempo desaparecido. Pero Irlanda no es el único camino de acceso al pasado celta. Se puede reconstruir otra visión de él mediante los escritos de los contemporáneos de los celtas: los griegos y los romanos. Naturalmente, los escritores clásicos se ocuparon sobre todo de ciertos aspectos de la vida celta que, de un modo particular, intrigaban, alarmaban o interesaban a los pueblos del Mediterráneo. De igual manera que tendían a observar a los celtas, a los que consideraban como bárbaros, con una visión no muy aguda.

Los griegos y los romanos tuvieron el primer conocimiento de los celtas por cuanto éstos importaban sus mercancías, su vino especialmente. "Los galos", escribió Diodoro de Sicilia en el siglo I a. de J. C., "son muy adictos al vino y se hartan del que importan a su país los mercaderes, y lo beben sin mezclar." Griegos y romanos conocieron también a

los celtas como guerreros y los conceptuaron como luchadores feroces aunque bastante incautos: "Toda la raza", escribía el historiador griego Estrabón hacia la misma época, "es furiosamente aficionada a la guerra, magnánima y presta a entrar en batalla. Cuando se les provoca, se reúnen por bandas para la batalla, bastante abiertamente y sin premeditación, de modo que en seguida son manejados por aquellos que desean engañarlos."

A pesar de todo, los escritores clásicos fueron los primeros que se ocuparon de la geografía del mundo celta y trataron de identificar los nombres y los territorios de las distintas tribus. En el 500 a. de J. C. habían hallado de modo general que los pueblos celtas ocupaban las tierras al norte del Mediterráneo, en un amplio arco que iba desde España hasta Europa oriental; finalmente, Estrabón reunió para sus lectores un mosaico de posesiones tribales en un segmento de aquel arco, la tierra que él llamó Céltica –el centro de una región ocupada por los celtas que comprendía todo el territorio que va desde España, a través de los Balcanes, hasta la península de Asia Menor–.

La denominación romana para aquel centro fue, desde luego, Galia. Los límites de las Galias, según la visión geográfica de Estrabón, iban, por el oeste, desde Iberia hasta el Canal de la Mancha y, por el este, hasta el Rin, y su frontera sur estaba delimitada en parte por los Alpes. El país estaba bien regado por ríos, el más importante de los cuales era el Ródano, que atravesaba la tierra más fértil y desembocaba en el Mediterráneo. Este río era también navegable por grandes canoas. En la Céltica meridional abundaban las higueras, los olivos y la vid; pero más hacia el norte no crecían ni el olivo ni la higuera, y la vid no producía uvas maduras. Sin embargo, ninguna tierra quedaba improductiva, a excepción de las zonas pantanosas y de matorral. Debido a la gran fecundidad de las mujeres y a la numerosa población, decía Estrabón, los hombres se veían obligados a dedicarse asiduamente a la producción de alimentos. Sus mejores cosechas eran las de trigo y mijo. Los pastos mantenían también abundante cantidad de ganado –bueyes, caballos y cerdos–.

En la Céltica, Estrabón contó no menos de 60 tribus y subtribus. A lo largo del río Garona, que corre desde los Pirineos en dirección noroeste hasta el Atlántico, vivían los vivisci y los santoni, que habían establecido un activo centro comercial cerca de la desembocadura del río, en la situación actual de Burdeos. En la Francia occidental, entre el Garona y el Loira, estaban los territorios de por lo menos una docena de tribus, algunas de ellas bastante importantes. Los petrocorii fabricaban objetos de hierro, los cadurci trabajaban el lino, y los ruteni y los gabales eran famosos por sus minas de plata. En la Francia central, justo en la cuenca del río Sena, vivían los sequani, que producían el mejor tocino saladillo importado por Roma.

En la visión etnográfica de Estrabón, la tierra del Rin estaba llena de nombres de tribus celtas: helvetii, treveri, lingones, leuci, bellovaci y tres tribus cuyos territorios abarcaban un área de espeso bosque de árboles pequeños llamada ahora Ardenas. Cuando los morini, atrebatii y eburones fueron atacados por sus enemigos, escribió Estrabón, "utilizaron un entramado de ramas y brezos espinosos y así bloquearon su paso; y en algunos lugares fijaron estacas en la tierra mientras ellos penetraban en las profundidades de los bosques con todas sus pertenencias".

La cultura de los escritores clásicos que catalogaron los nombres de las tribus celtas –junto con docenas de otras– incorporó finalmente a todos estos pueblos. Durante este proceso los celtas perdieron su identidad, y hubo que esperar al siglo XVI d. de J. C. para que los estudiosos la restablecieran. Un

(Sigue el texto en la pág. 19.)



Desde el aire se puede ver íntegro el gigantesco perfil de un caballo, de 106 m de longitud de la cabeza a la cola, tallado en un depósito de greda en Uffington, al sur de Inglaterra. Los celtas que lo grabaron, problamente en el siglo I a. de J. C., lo tenían como símbolo de un dios caballo.

Obras antiguas vistas desde el aire

Impresionantes incluso para el limitado punto de vista del que observa a nivel del suelo, muchos de los grandes trabajos de tierra, fortificaciones y otros monumentos dejados por los celtas son aún más asombrosos vistos desde el aire. Las fotografías de estas páginas, sacadas sobre Inglaterra e Irlanda, demuestran asombrosamente cómo la fotografía aérea revela el plano de una compleja estructura y establece claramente la relación de los restos de unas partes con otras y con el terreno circundante. Estas fotografías ofrecen otras sorpresas: huellas de restos celtas tales como basamentos de casas o cercas que dividen los campos, tan tenues que de otro modo hubieran escapado a su atención, son frecuentemente recogidas como líneas de sombras por los teleobjetivos.



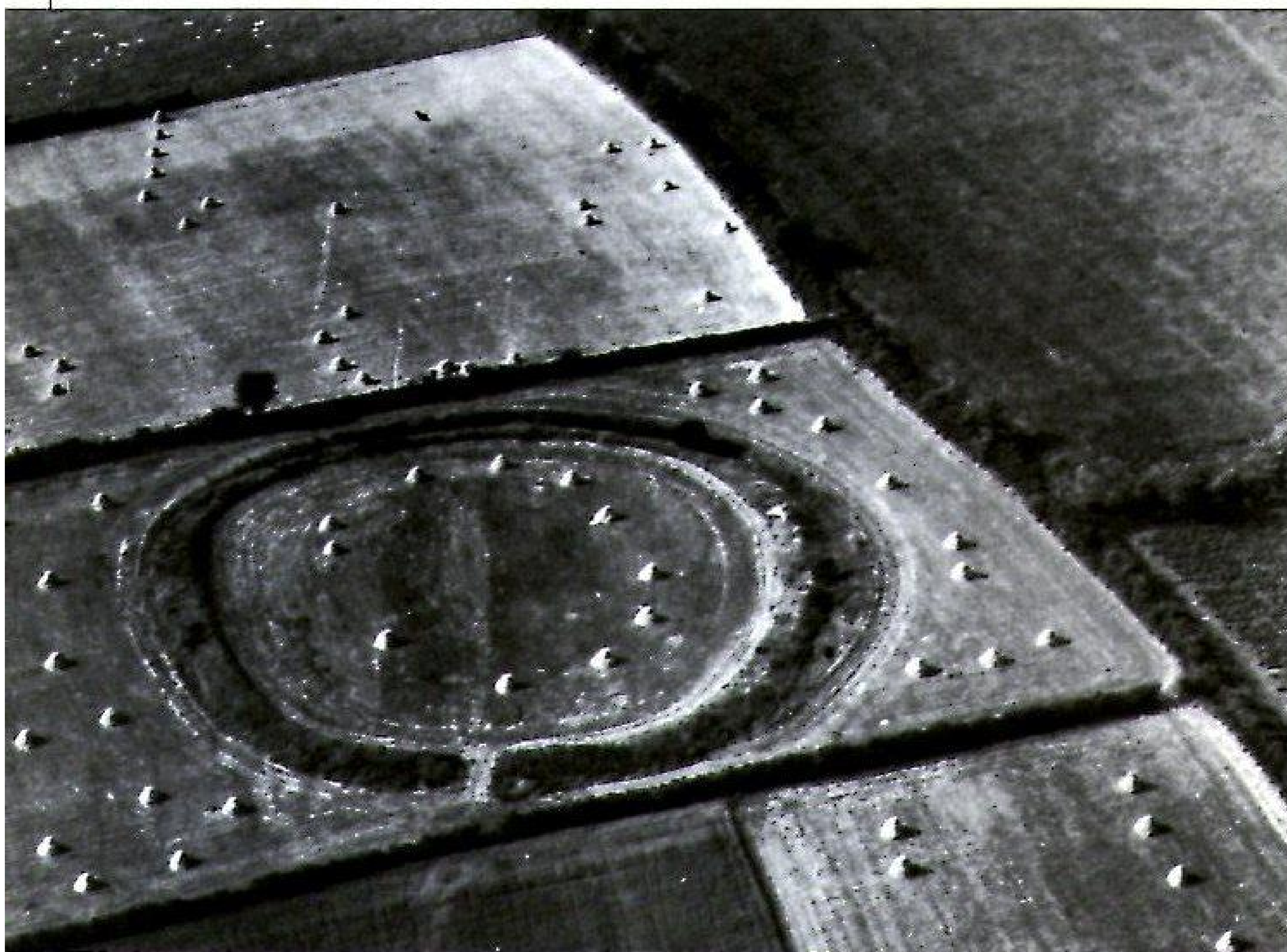
En esta fotografía aérea de la izquierda se muestra claramente cómo los celtas, siguiendo el contorno de la colina, la rodearon con una serie de rampas de tierra concéntricas y la convirtieron en una fortaleza. Este lugar fortificado, de hace 2.000 años, aproximadamente, está en territorio inglés, junto a la frontera galesa. Actualmente se conoce con el nombre de Old Oswestri.

Las sombras del atardecer destacan con realismo el complejo de estructuras de Hill of Tara, de 150 m de altura, celebrado en la leyenda y en la historia irlandesa como asentamiento de los heroicos reyes celtas. Visto desde el aire con tan amplia perspectiva, su rasgo principal es un gran terraplén ovalado dentro del cual hay dos obras de tierra que parecen fortificaciones, así como un túmulo funerario precelta. Se halla al noroeste de Dublín.



Junto a un acantilado, Dun Aengus en Inishmore, la más grande de las Islas Aran de Irlanda, estaba protegida en su parte interior por sólidas murallas de piedra. Tras éstas y como complemento disuasorio contra los ataques, los celtas clavaron en el suelo una infinidad de rocas.





Montones de heno se extienden en el interior y exterior de un cerco circular conocido como "rath", un tipo de tarea agrícola común en muchos lugares de granja en toda la Irlanda celta. El "rath" servía para evitar la intromisión del ganado, acontecimiento frecuente en la vida pastoril de los irlandeses en la Edad del Hierro.

Todavía se aprecian con claridad muchos de los ribazos que separaron los campos de una comunidad agrícola celta en los valles de Smacam Down, en el sur de Inglaterra. Pero otros ribazos, como los que aparecen a la izquierda de la fotografía inferior en forma de débiles sombras, se han ido desgastando hasta formar unas ondulaciones tan suaves que fácilmente pasarían desapercibidas a no ser por el detalle de la fotografía aérea.



escocés llamado George Buchanan, estudiando la historia de su país, estableció un vínculo entre los celtas del continente –a los que identificó a través de las fuentes clásicas– y los pueblos de Irlanda y de la antigua Britania, incluyendo los escoceses. Un siglo después, Edward Lhuyd, lingüista, recopiló una etimología comparativa de los idiomas de Irlanda, Gales, Britania y Cornualles. Descubrió que las cuatro lenguas tenían una raíz común que denominó celta, haciendo suyo el término de Buchanan. Por consiguiente "celta" se aplicó no sólo al idioma sino también a la cultura de las gentes que lo hablaban.

El idioma celta es realmente una prueba importante del origen común de los celtas. El celta es una rama del árbol idiomático conocido como indoeuropeo, un árbol que arraigó hace unos 4.500 años en algún lugar entre los montes Cárpatos, en Europa oriental, y los montes Urales, en Rusia. El indoeuropeo es el árbol idiomático más prolífico del mundo. De él se desgajaron varias ramas en lenguas tales como el griego, el latín, el germánico, el eslavo y el hindú. Posteriormente algunas de estas ramas produjeron otros vástagos –el latín, por ejemplo, dio origen al italiano, al francés, al castellano, al catalán, al portugués y al rumano–. Aunque un inglés, un ruso y un irlandés que hable gaélico no pueden realmente entenderse, su habla contiene sonidos que indican una raíz común. Los ingleses dicen "one, two, three"; los rusos, "odin, dva, tri"; los irlandeses, "aon, do, tri".

En la época en que griegos y romanos empezaron a recoger el idioma no familiar de sus vecinos celtas, era ya evidente que sus idiomas compartían algunos elementos comunes. Tribus celtas que vivían en áreas diferentes utilizaban palabras similares –para algunos objetos de comercio, por ejemplo–, y los topónimos celtas llevaban frecuentemente terminaciones idénticas. Los investigadores modernos, calculando la frecuencia con que estas terminaciones aparecen en los escritos clásicos observan que la palabra que termina en *briga,* que significa "colina", aparece en unos 70 lugares. Se aplica a los nombres de establecimientos celtas en Alemania, Francia, España y Checoslovaquia. Igualmente la palabra celta para "fortificación", *dunum,* aparece en los nombres de más de 170 establecimientos celtas mencionados por escritores griegos y romanos. Los topónimos en *dunum* estaban esparcidos por toda Europa, desde Grecia hasta las Islas Británicas –y algunos de ellos, como Verdun y Dundee, han llegado hasta nuestros días–. Por la distribución tan extendida de estos topónimos, los investigadores son capaces de establecer las pautas de origen y expansión celta. Se piensa, por lo tanto, que los celtas están entre los descendientes de los antiguos pobladores indoeuropeos del continente, que primeramente poblaron el valle del Danubio a mediados del tercer milenio antes de Jesucristo y después se extendieron hacia el norte y hacia el oeste. (Curiosamente, un grupo por lo menos de predecesores celtas viajó quizás en dirección opuesta, desde el oeste hacia el este, desde un punto de origen nebuloso colocado en algún lugar de la Península Ibérica.)

Los arqueólogos han dado a estos primeros europeos nombres basados en los lugares donde aparecieron los primeros rastros de sus gentes, o en alguna característica cultural –una costumbre funeraria, por ejemplo, o un tipo particular de útil–. Una tribu del este del Danubio que conocía el cobre y se trasladó hacia Europa central en el tercer milenio es llamada pueblo del hacha de guerra por su distintiva hacha de metal o piedra con agujero para el mango, que, a menudo, se encuentra en sus tumbas. Los pueblos del hacha de guerra fueron probablemente los primeros que hablaron lo que los investigadores llaman protoindoeuropeo, idioma ancestral del que



Anunciando lo que sería luego una característica obsesión celta por los dibujos abstractos, los ceramistas de la Edad del Bronce decoraron los vestidos y las caras de las figurillas de arcilla con círculos concéntricos, espirales y puntos. Estas estatuillas de mujeres con faldas en forma de campana fueron desenterradas en 1955 durante la excavación de una necrópolis en Cîrna, Rumania.

surgieron las posteriores lenguas de esta familia. Fueron también los primeros pueblos europeos que, al parecer, conocieron la rueda, y su forma habitual de enterramiento –bajo un montículo de tierra, o túmulo– persistió en muchas partes de Europa hasta la época de los celtas.

Mientras tanto, en muchos lugares de Europa surgían fuentes independientes de creatividad cultural. Uno de estos grupos apareció en algún lugar de la Península Ibérica, quizás en Portugal, y se extendió, hacia el norte y el este, en abanico, puesto que iba a ocupar la mayor parte de Europa occidental y las Islas Británicas. A los portadores de esta cultura se les llama pueblo del vaso campaniforme por sus características copas de arcilla en forma de campana. Las gentes del vaso campaniforme aprendieron su metalurgia en la Península Ibérica, donde abundaba el cobre, y se las relaciona con la introducción de las artes de trabajar el metal en Europa occidental.

Poco después del 2000 a. de J. C., en Europa central y oriental, parece que los pueblos del vaso campaniforme y del hacha de guerra se encontraron y se mezclaron, y nació una nueva cultura, llamada Unetice, nombre del poblado checo donde por primera vez se encontraron pruebas de su cultura. Los artesanos de Unetice fundieron juntos el cobre y el estaño, sirviéndose de altas temperaturas que conseguían gracias a fuelles de piel de cabra, y dieron comienzo a la Edad del Bronce en Europa.

Los trabajadores del metal de Unetice tuvieron la suerte de vivir en un área céntrica, accesible al comercio desde todas partes. Hacia el sur, los caminos conducían, a través de los Alpes, hacia el Adriático y el norte de Italia. Hacia el norte, los ríos Elba y Oder daban acceso a las tierras del Báltico. Hacia el sudeste, el Danubio conectaba los pueblos de Unetice con los del Mar Negro. Hacia el oeste, la llanura de Europa Central se extendía casi ininterrumpida-

mente hasta los puertos del Canal de la Mancha y las Islas Británicas. A lo largo de estas rutas comerciales se transportaban objetos de bronce, o de estaño y cobre toscamente fundidos, a cambio del oro de Irlanda, del estaño de Cornualles y de las pieles y el ámbar del Báltico.

A pesar de su riqueza, las gentes de Unetice vivieron con sencillez. No tuvieron grandes ciudades, como los pueblos del Próximo Oriente, sino que vivían en el interior de pequeños poblados fortificados con empalizadas de madera y rodeados de campos y pastos. Había una especie de estructura tribal, con jefes y guerreros que tomaban las decisiones y dirigían las fortificaciones. Probablemente sus artesanos gozaban de un *status* especial, y estaban liberados de los trabajos del campo y de los deberes militares. Estas divisiones sociales estaban muy extendidas: existían en todas las sociedades indoeuropeas. Pero la primera prueba razonablemente clara de tales divisiones aparece entre las gentes de Unetice, y cuando la cultura de Unetice se extendió hacia el oeste por todo el continente llevó consigo estas divisiones en clases. Efectivamente, esta estratificación del orden social fue típica de las posteriores sociedades célticas, cuyas clases desempeñaban funciones asociadas con sus particulares niveles sociales –funciones, por otra parte, obligatorias–. Los jefes, por ejemplo, tenían los derechos de un gobernante, pero también eran responsables de la seguridad y bienestar de su pueblo; gobernaban como aristócratas, pero no como autócratas.

Junto con las distinciones sociales, otro signo de las gentes de Unetice, heredado también por los celtas, fueron sus ritos funerarios. En algunas localidades los muertos eran enterrados en cámaras de paredes de madera, cubiertas con montones redondos de tierra llamados túmulos. Cuando se trataba de personajes importantes, a menudo se les otorgaba un ritual funerario especial: sus cuerpos eran enterrados con joyas de oro y cobre, puñales, alabardas y hachas de guerra de bronce.

Hacia el 1250 a. de J. C. las últimas corrientes culturales que nutrieron el nacimiento de la sociedad celta empezaron a extenderse hacia Europa central. Los arqueólogos incluyen a estas gentes en la denominación de cultura de los campos de urnas, por sus prácticas funerarias de colocar las cenizas de los muertos dentro de urnas de cerámica que eran después colocadas en campos de enterramiento colectivos. Los pueblos de los campos de urnas eran gentes activas e innovadoras que desarrollaron muchas de las prácticas de sus antecesores de la Edad del Bronce. Recogían sus cosechas con hoces de bronce y usaban útiles del mismo metal en carpintería para construir casas de troncos de varias habitaciones. Rebosaban energía. Cuando las cosas estaban muy tranquilas en casa, parece que los jóvenes se ponían, como guerreros, al servicio de jefes vecinos. Como mercenarios, estos guerreros usaban armaduras, cascos y pesadas espadas de bronce.

Los pueblos de los campos de urnas se trasladaron hacia el valle del Rin, después hasta Francia y los Pirineos e incluso se infiltraron por los pasos alpinos para establecerse en el norte de Italia. A esta región los romanos denominaron posteriormente Galia Cisalpina (Galia a esta parte de los Alpes) para distinguirla de la Galia Transalpina (Galia a la otra parte de los Alpes).

El pueblo de los campos de urnas cocinaba la carne en grandes calderos de bronce y la acompañaban con cerveza hecha en casa o hidromiel –un vino de miel– servido en copas de bronce. Sus vestidos eran de lana, que tejían con alegres dibujos geométricos. Adornaban sus cinturones y gorros con campanillas y colgantes y sus capas y mantos estaban decorados con tachones de bronce. Como joyas usaban broches,

brazaletes y aros para el cuello, de bronce, llamados torques. Los ceramistas de los campos de urnas hacían imágenes –pequeñas figurillas de arcilla– que aparecen actualmente en excavaciones de Yugoslavia y Rumania; sus vestidos no son distintos de los tradicionales trajes campesinos más recientes de aquellas regiones.

Por su vanidad, entusiasmo en el comer y beber y precocidad en la fabricación de armas y adornos, los pueblos de los campos de urnas prefiguraron muchas de las cualidades de sus descendientes celtas. La Europa que habitaron era la misma en que los celtas iban a aparecer. Era todavía una Europa escasamente poblada, ya dentro del primer milenio antes de Jesucristo. Los halcones volaban sobre grandes extensiones de bosques, sobre techos de cañas entramadas de los poblados agrícolas aislados que ocupaban los trozos de tierra libre y sobre aldeas cercanas a pasos de montaña. Aquí y allá el campo conserva otras señales del hombre en forma de macizos túmulos funerarios. Pero ni había palacios ni tuvo Europa personajes regios que fueran bien con ellos: emperadores, sabios, escribas, tropas organizadas y jefes de tropa. Fue un mundo fronterizo. Las soberanías existían sólo para organizar la vida tribal, y las actividades militares estaban limitadas a rápidas expediciones contra las tribus vecinas para apoderarse de sus ganados o de sus tierras. Pero con su gente emprendedora, su comercio expansivo y la ventaja de sus recursos minerales, Europa estaba presionando en la historia.

La barrera se rompió hacia el 700 a. de J. C. Hasta entonces habían transcurrido unos 1.500 años desde que los pueblos del hacha de guerra empezaran a emigrar hacia el oeste desde la cuenca baja del Danubio. En aquel período, las grandes civilizaciones del Próximo Oriente estaban siendo destruidas. En Anatolia, el imperio hitita caía ante desconocidos pero furiosos invasores. En el sur de Grecia, los estados potentes micenos habían sido destruidos por las incursiones de merodeadores, así como por el hundimiento de sus sistemas de negocio –y la región iba a vivir cuatro siglos de oscuridad antes de que resurgiera la Grecia–. Pero en el oeste, unas culturas jóvenes estaban fermentando vigorosamente. En Italia, la civilización de los etruscos se estaba asentando en la actual Toscana. Y hacia el 700 a. de J. C., en el territorio de los pueblos de los campos de urnas, más allá de los Alpes, un nuevo metal –el hierro– y su tecnología estaban encontrando las mejores condiciones para su desarrollo. Con la adquisición de los conocimientos para trabajar el hierro, los pueblos de Europa realizaron un gigantesco paso hacia adelante: el turbulento drama de los celtas había comenzado.

Evocación de un modo de vida desaparecido



Los celtas no construyeron ciudades, no fundaron imperios y jamás desarrollaron un idioma escrito; por ello han dejado únicamente restos fragmentados de su intenso paso por la historia. Pero, reuniendo con cuidado las pruebas sacadas de la exploración arqueológica, de las historias del rico folklore galés e irlandés, y también de las historias griegas y romanas, los estudiosos pueden recrear la vida celta con cierto detalle. La arqueología contribuye, por ejemplo, con datos sobre cómo gobernaban los celtas sus granjas; los autores clásicos detallan las fiestas celtas; las historias populares reflejan muchas cosas sobre las costumbres religiosas celtas, y los objetos de las tumbas revelan parte del sentir celta sobre la muerte.

En cuanto a la apariencia física de los celtas, una saga del siglo VIII d. de J. C. nos da un intrigante retrato de Edaín, la joven más encantadora de Irlanda. De la leyenda nos llega esta letanía de sus encantos: "Sus antebrazos eran tan blancos como la nieve de una sola noche, y eran blandos y perfectos; y sus claras y encantadoras mejillas tan rojas como la dedalera del páramo... El brillante fulgor de la luna estaba en su noble cara; el gesto de orgullo en sus suaves cejas; el rayo de amor en sus dos ojos reales; un hoyuelo de placer en sus dos mejillas... Era la más hermosa, encantadora y perfecta de todas las mujeres del mundo que jamás hayan visto ojos humanos; pensaban que sería del mundo de las hadas."

En un claro del bosque iluminado por el sol, la bella Edaín se contempla en un espejo de bronce pulido, mientras su criada deshace sus trenzas oro rojizo para que la dama pueda lavar su cabello. Un bordado de oro embellece el borde y el pecho de su vestido de seda verde. El cuello, los brazos y los cabellos están engalanados con joyas de oro. Sobre su regazo hay una túnica de lana morada. La gran palangana de plata que hay a sus pies está decorada con incrustaciones de brillantes carbúnculos.



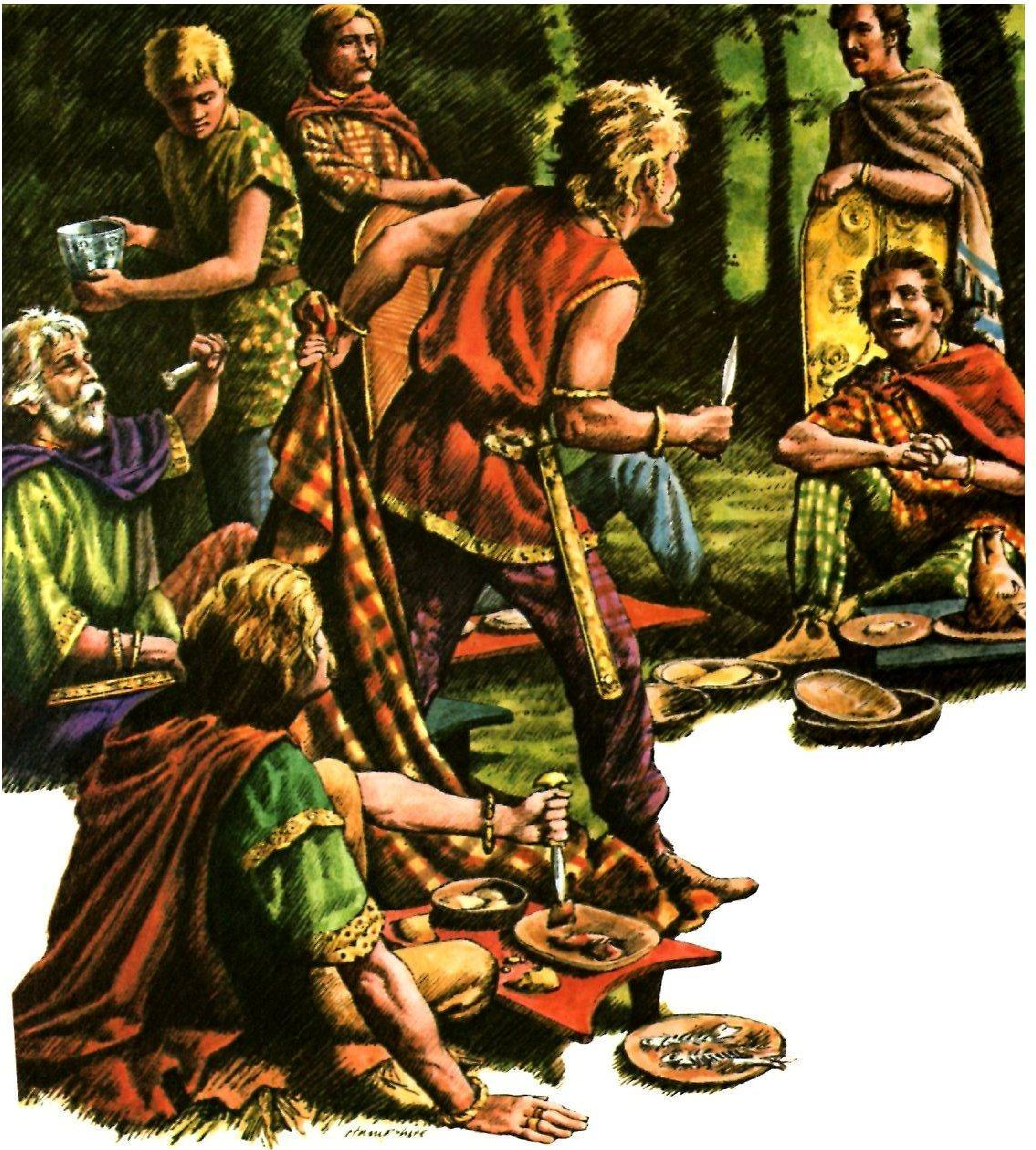


Una familia de agricultores celtas trabaja para dar remate a los trabajos de la cosecha antes que llegue el invierno. El dueño de la granja y su hijo (izquierda) se disponen a colocar una llanta de hierro al rojo vivo en el borde de una rueda de carro hecha de una sola pieza de madera de fresno. Cuando la llanta se enfríe, se contraerá y se fijará estrechamente a la rueda. Dos de las mujeres (al fondo, a la izquierda) colocan la simiente para la próxima primavera sobre una plataforma bajo techado. Una criada (arriba) echa el cereal cosechado en un silo, mientras otra alimenta a los cerdos. Dos jóvenes reparan el techo de la casa mientras un tercero recompone una pared.

Tareas de otoño en una granja

Para los arqueólogos, las débiles marcas en el suelo y los agujeros poco profundos para los postes se convierten en sólidas piezas del rompecabezas de la reconstrucción. Una excavación sistemática de unas zonas de granjas circulares del sur de Inglaterra y la comparación laboriosa de estos hallazgos han revelado muchas cosas sobre la vida de los ricos agricultores celtas del primer milenio a. de J. C.

En muchos casos quedan en los lugares agrícolas agujeros de fundamentación de postes para chozas circulares; los silos alineados muestran la previsión de los celtas de cara al frío invierno, mientras que las rejas de arado de hierro nos dan pruebas de unos métodos agrícolas avanzados. Hay restos de fosos que rodean extensiones de hasta unas 6,5 hectáreas, lo que sugiere fortificaciones defensivas así como cercas para encerrar el ganado, cuyos huesos se han encontrado en montones de basura.





En medio de un banquete de victoria, un joven guerrero –que ha perdido la paciencia por las burlas de su oponente (derecha) en un concurso de alarde– amenaza a éste con un cuchillo. El hombre sentado a su izquierda pincha complacido su comida, mientras que el vecino –un anciano de barba gris a quien se le sirve vino en la única copa que pasa de mano en mano entre los juerguistas– observa divertido la acción. El anfitrión, sentado en el centro ante el plato principal de jabalí asado, levanta su brazo para colmarlos. A la derecha de éste, el huésped de honor provoca al joven.

Un banquete conmemorativo de victoria

Las costumbres celtas sobre los banquetes fascinaron a los observadores griegos y romanos, especialmente en aquellas ocasiones en que la reunión se tornaba violenta. Los participantes de un banquete bebían vino sin mezclar y, según Diodoro, historiador siciliano del siglo I a. de J. C. que lo presenció, "cuando se embriagan, se llenan de cólera o caen en una rabia frenética".

Durante el banquete, a menudo una celebración tras una victoria en el combate, los guerreros podían alardear de sus hazañas. El jefe premiaba al competidor más convincente con la "porción del héroe", generalmente una pata de jabalí. Pero, entre los perdedores, escribía el comentador griego Posidonio, la ira por su derrota podía inducirlos a un combate mortal con el vencedor –a menos que el anfitrión o los otros invitados lograran apaciguar los ánimos–.



Ofrendas al dios de los ganados

El festival del Día de Mayo de Beltaine, que señalaba el comienzo del verano, era para los celtas un importante acontecimiento religioso. Según las leyendas irlandesas, los druidas, o sacerdotes, invocaban al dios del ganado y de la cosecha para asegurarse rebaños prolíficos y mieses abundantes. Beltaine era, en muchos aspectos, como un moderno festival religioso, donde se combinaban ritos solemnes con un alegre banquete, una feria y un día de juegos.

La víspera de Beltaine, sin embargo, era un tiempo peligroso e inseguro: en la noche que separaba la primavera del verano la suerte podía cambiar y quedar hechizado el rebaño –a menos que los druidas aplacaran a los dioses con regalos y conjuros–. La creencia celta de que las cabezas arrancadas podían abogar por los vivos las convertía en valiosos sacrificios para Belenos. Y como el fuego era sagrado, se obligaba al ganado a pasar entre el humo purificador de las hogueras para asegurarle salud y fecundidad.

En la parte inferior, los druidas celebran los ritos que traerán un año fructífero. El ganado atraviesa por entre las hogueras de roble y de tejo verde con un árbol de mayo en la cúspide (encima) que simboliza el roble sagrado, mientras un druida, junto al fuego, ofrece panes sagrados al dios de la cosecha y suplica que purifique las bestias con el humo oloroso. A la derecha, entre las ramas de roble y adornado con torques y brazaletes ofrecidos por los creyentes, el jefe de los druidas eleva sus brazos hacia una imagen del dios, mientras un joven adivino, arrodillado e intrigado, escudriña en el cráneo los presagios del futuro.



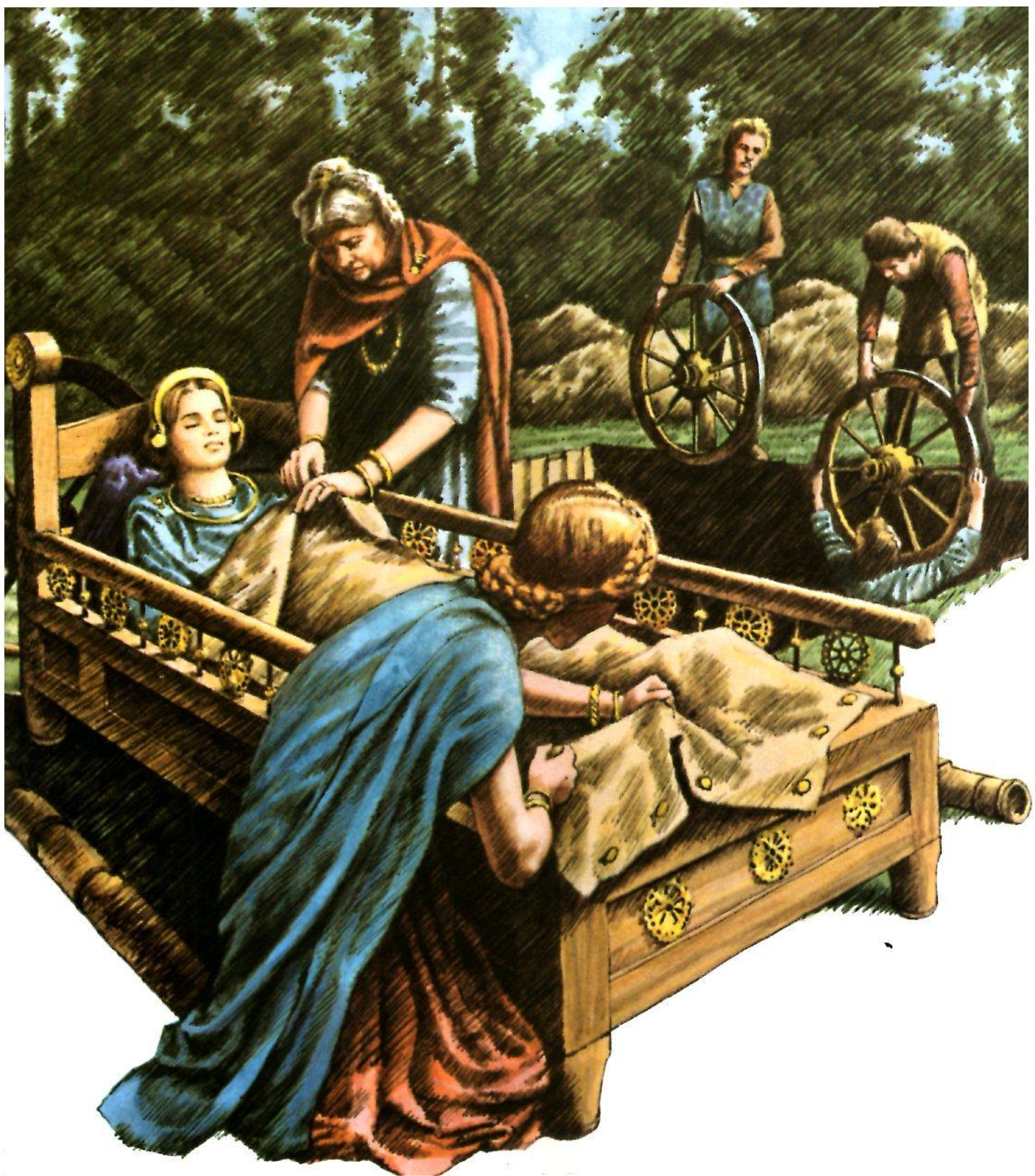


Fastuoso entierro de una princesa

Los celtas creían que había que enterrar a sus muertos con todas sus riquezas para el viaje al más allá; por ello sus tumbas han proporcionado hallazgos arqueológicos excepcionalmente ricos. De modo particular, las personas de las clases nobles de la sociedad celta solían ser enterradas con lo más bello que poseían en oro, plata y bronce, junto con un equipamiento funerario tan especial como unas andas de carro finamente trabajadas para que el muerto descansara sobre ellas.

Resultó particularmente interesante para los arqueólogos una tumba, hallada en 1953 cerca de Vix, en Francia central: pertenecía a una princesa y tenía 2.500 años de antigüedad; guardaba no sólo objetos de origen celta sino también objetos importados, como una crátera griega de 160 l para vino –prueba de un comercio entre el mundo mediterráneo y la lejana Galia septentrional ya en el 500 a. de J. C.–.

Las plañideras observan por última vez a la princesa muerta y el suntuoso tesoro que la acompañará en la tumba. A la izquierda, un hombre admira una inmensa crátera griega de bronce para el vino. El cadáver, tendido en un carro ceremonial ya medio desarmado, lleva una diadema de oro fabricada también por los griegos, aunque el resto de las alhajas son de elaboración celta. Unas asistentas le ciñen tiernamente el trozo de piel que será su mortaja. Y unos jóvenes colocan ruedas del carro en la tumba.



Capítulo segundo: Siglos de esplendor



Muy por encima de la pequeña ciudad mercado austríaca de Hallstatt, que se asienta a orillas de un lago alpino, se eleva el Salzberg –literalmente "montaña de sal"–. De ella se ha estado extrayendo sal desde tiempos inmemoriales. Con toda probabilidad este tesoro fue originariamente descubierto por primitivos cazadores que rastreaban sus presas hasta las fuentes salinas, donde los cristales incrustados en las rocas podían lamerse fácilmente.

Hacia el final de la Edad del Bronce, en el siglo VIII a. de J. C., las minas de Hallstatt estaban siendo intensamente explotadas puesto que la sal se había convertido en un producto valioso. Utilizando cuñas, picos y cinceles de bronce, aquellos hombres excavaron unos 350 m por la pendiente de la montaña, practicando precarios túneles que apuntalaban con armazones de madera. Algunos estaban provistos de escalones hechos de troncos de árbol para salvar los planos inclinados.

En los siglos siguientes, los trabajadores de las minas de Hallstatt encontraron casualmente objetos utilizados o gastados por aquellos antiguos mineros, conservados más o menos intactos por la acción preservadora del mineral: trozos duros de ropas –mitones, polainas y gorros de piel–, hojas secas de *pestwurt,* una hierba medicinal muy usada todavía en la zona como remedio popular contra las enfermedades de los mineros, y los restos carbonizados de palos atados utilizados por éstos como antorchas. De vez en cuando se hallaban restos de comidas prehistóricas –fragmentos de huesos de animales–.

Este espejo de bronce, en otro tiempo muy apreciado por una rica mujer celta, está grabado en su reverso con un dibujo abstracto de zarcillos enroscados, inspirado en ramas y hojas naturales. El espejo fue obra de un maestro artesano del siglo I a. de J. C., y se encontró en 1908 en Desborough, en la parte central de Inglaterra. Representa el más perfecto desarrollo del arte celta sofisticado.

En 1846, el encargado de las minas de Hallstatt, George Ramsauer, se interesó vivamente por estos antiguos mineros y empezó a buscar más señales sobre ellos. Sus investigaciones condujeron a un descubrimiento asombroso: un lugar de enterramiento con casi un millar de tumbas. El hallazgo supuso a Ramsauer 17 años de intenso trabajo. Invirtiendo una buena cantidad de su dinero y todo el tiempo que podía escatimar a su trabajo profesional (así como a sus deberes paternales hacia los 24 niños de su familia), Ramsauer abrió sistemáticamente las 993 tumbas y anotó con minuciosidad los hallazgos en su diario.

El resultado de estas investigaciones reveló la existencia de una comunidad próspera cuyos miembros eran diestros en el trabajo del hierro y que comerciaban ampliamente con escandinavos, etruscos y griegos, entre otros; estaba claro que las gentes del establecimiento eran además guerreros y que montaban a caballo, y también hábiles carpinteros y artistas. Generalmente se cree que los lugares de enterramiento, y otros parecidos encontrados posteriormente por arqueólogos que trabajaron en aquella zona, pertenecen a los antiguos celtas. Incluso otras tumbas, halladas en lugares que van desde Francia hasta Checoslovaquia, han sido identificadas como pertenecientes a celtas del mismo período. Las más antiguas se han fechado en el 700 a. de J. C. –año del inicio de la Edad del Hierro en Europa central–, y la gente enterrada en ellas había pertenecido evidentemente a un período de transición cultural. Algunos de los cuerpos estaban incinerados al estilo de los campos de urnas; pero la mitad, por lo menos, eran esqueletos. Algunos lugares contenían carros funerarios de cuatro ruedas, reminiscencia de los enterramientos en carro del pueblo del hacha de

guerra, aunque en las tumbas de estas gentes no se guardaban los carros.

Más curioso aún es que muchas tumbas del período de Hallstatt contenían herrajes y adornos de arneses de caballo –antigua prueba de la importancia que las personas daban a sus caballos–. Puesto que las tumbas con atavíos de caballo eran ricas en otros ajuares, los expertos creen que pertenecían a la élite de la comunidad.

Además de los carros y herrajes de caballo, las tumbas del período de Hallstatt proporcionaron a los arqueólogos otros objetos fascinantes. Recipientes para el vino y calderos de bronce de elaborado diseño griego y etrusco, collares de ámbar de Escandinavia y pomos de espada con incrustaciones de oro y marfil importados, señalaban una influencia basada en un comercio de considerables dimensiones. Aún más fascinante, muchas armas –espadas, puñales, lanzas, hachas de guerra– estaban hechas de un material nuevo en las tumbas de la región: el hierro.

En una primera visión de las tumbas de la necrópolis de Hallstatt, los estudiosos pensaron que los objetos de hierro, al igual que los otros artefactos, eran de importación. Después llegaron a la conclusión de que el diseño y la artesanía eran únicos, y probablemente indígenas. Ciertamente disponían del hierro de las minas cercanas de los Alpes orientales, muy conocidas en el mundo antiguo. Pero la ruta por la que la tecnología del hierro alcanzó la región tuvo que ser larga y tortuosa.

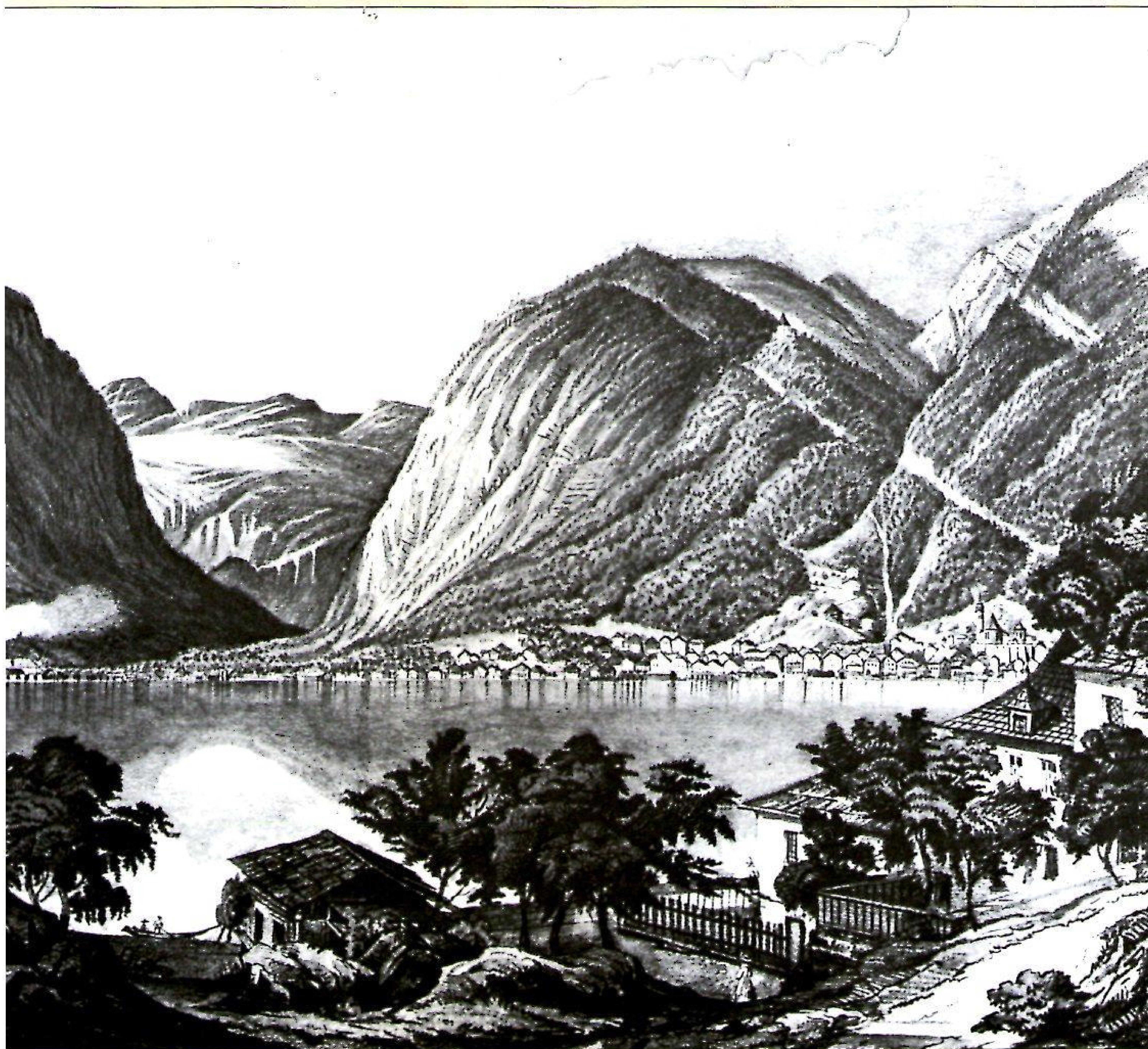
En el Próximo Oriente, los trabajadores del metal conocían el hierro desde hacía siglos: los hititas fabricaban y comerciaban objetos de hierro desde el 1500 a. de J. C. Pero desde el final del imperio hitita, en el 1200 a. de J. C., hasta la primera aparición del hierro en Europa central, hacia el 700 a. de J. C., hay un período en la historia de la tecnología del hierro sobre el que los arqueólogos únicamente pueden hacer conjeturas. Aunque en lugares del Próximo Oriente han aparecido numerosos objetos de hierro que pueden ser fechados en este extraño vacío de 500 años, son virtualmente inexistentes las pruebas sobre el desarrollo y expansión del arte de trabajar el hierro desde el Próximo Oriente.

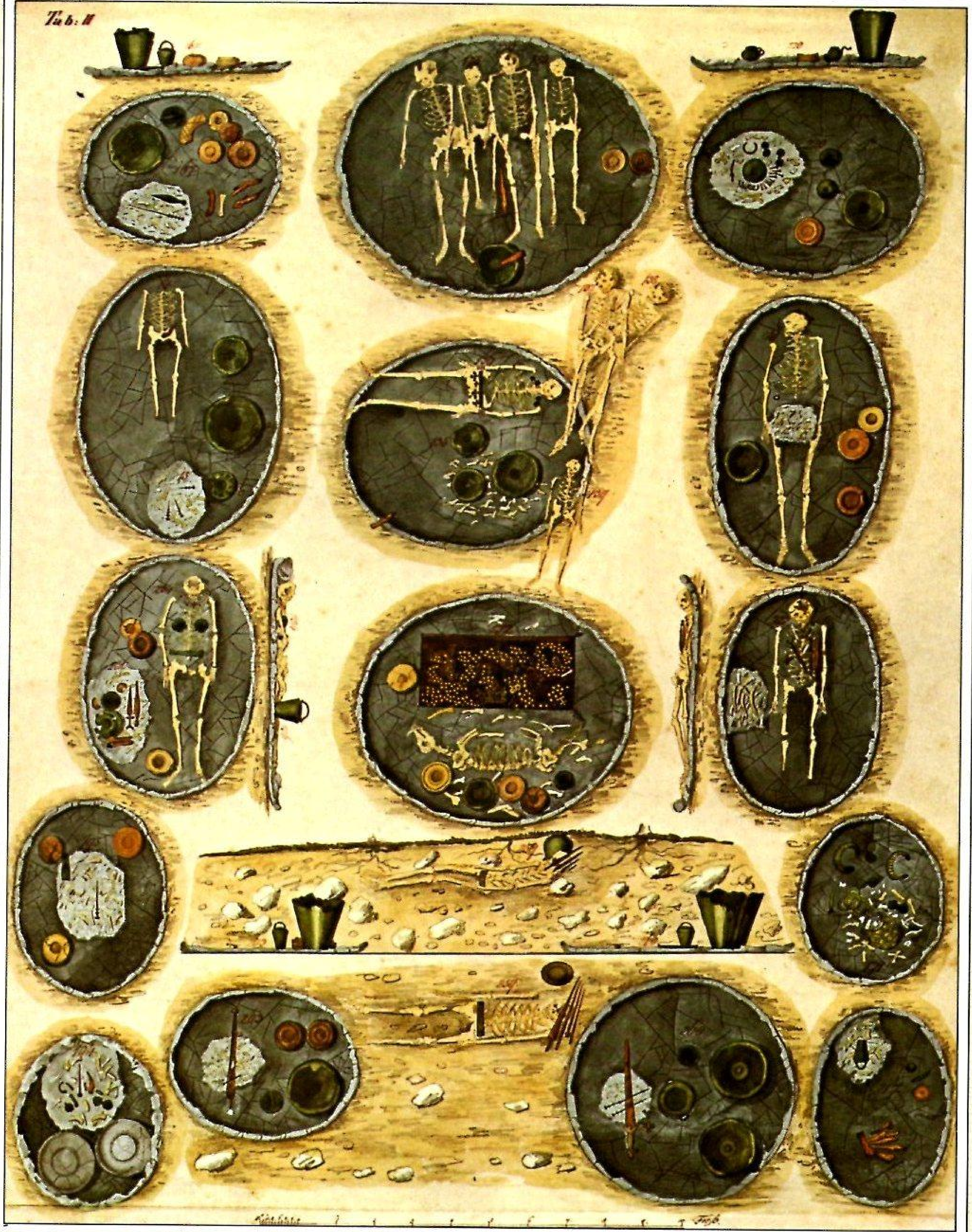
Pero, sea cual fuere el modo como este conocimiento llegó a Europa central, tuvo que ser bien recibido. Las gentes del norte de los Alpes, trabajadoras del metal, gracias a su anterior experiencia con el cobre y el bronce y a su natural aptitud para los logros tecnológicos, se hicieron rápidamente competentes como trabajadores del hierro. Aprendieron a extraer el mineral, a triturarlo y mezclarlo con capas de carbón de leña y a calentar el mineral hasta convertirlo en una masa esponjosa ennegrecida. Aprendieron también a martillear esta masa para extraer la carbonilla o escoria –un proceso que rara vez, y sólo inadvertidamente, finalizaba en una carburización del metal hasta obtener una especie de acero rudimentario–. Finalmente, forjaron el hierro caliente en variedad de formas, calentándolo repetidamente y martilleándolo mientras era maleable.

Estos primeros herreros europeos no sólo eran unos aprendices competentes sino también particularmente afortunados al disponer de una abundante materia prima en la inmediata vecindad. En algunas zonas el hierro se encontraba no sólo en ricas vetas sino también en pantanos –depresiones cenagosas en la superficie de la tierra– donde a los herreros les bastaba simplemente con extraerlo. En realidad, el metal era tan fácil de conseguir que pronto originó una floreciente industria, y las armas de hierro se hicieron tan populares como las de bronce.

Cualquiera que sea el momento en que apareció el hierro en la historia, lo cierto es que cambió el estilo de vida de los hombres. Les dio nuevos útiles con

En este dibujo del artista austríaco Isidor Engl, el lago de Hallstatt aparece rodeado por las montañas cercanas a Salzburgo. A mediados del siglo XIX, en la montaña que se eleva en el centro se descubrió un gran cementerio repleto de tumbas de algunos de los más antiguos celtas.




Tab: II

Estas tumbas hallstátticas fueron dibujadas por el artista Isidor Engl, que anotó meticulosamente todo lo que halló en ellas. Los números de los dibujos indican el orden en que las tumbas fueron excavadas por su descubridor austríaco, George Ramsauer. La mayoría contenía sencillos objetos utilitarios tales como cuencos y armas; pero la tumba n.º 132, en el centro, proporcionó también numerosos adornos, anillos y otros ornamentos de oro o bronce.

que edificar y nuevas armas con que luchar unos contra otros. El hierro es expansionista; rueda sobre los campos, corta bosques, destruye fronteras. Varios siglos después de su primera aparición entre los pueblos celtas que vivían en los Alpes austríacos, el hierro motivó la expansión de su cultura por toda Europa, y a través del Canal de la Mancha, también por las Islas Británicas.

La cultura fue impuesta a veces por la fuerza. Bandas de guerreros celtas montados en carros, conducidos por jefes que dominaban eficazmente el arte de la guerra, emprendían con regularidad correrías contra sus vecinos. Cuando caían sobre poblados aislados blandiendo sus largas espadas de hierro, ofrecerían, sin duda, una visión aterradora, especialmente a gentes no familiarizadas con aquellas armas o tácticas. Los guerreros salían en busca de tierra, ganado, esclavos –y cualquier otro botín sobre el que echar sus manos–. No obstante, estas correrías eran más bien un ejercicio de virilidad que un intento de obtener ganancias.

Además, la expansión de la cultura celta fue probablemente tan amplia gracias a sus agricultores y ganaderos. Expulsados de sus tierras hereditarias, por causa de una población en expansión, hecho combinado con la necesidad de suelos jóvenes para cultivar, se entreveraron con otros pueblos, llevando consigo sus logros tecnológicos, tales como un pesado arado con una reja de hierro, que los celtas introdujeron finalmente en el resto de Europa. Este artefacto era mucho más eficaz que la ya preexistente reja de arado de madera, que únicamente podía arañar el suelo; con la reja de arado de hierro era posible roturarlo e incluso preparar para el cultivo los suelos duros de arcilla. Además ayudó a los agricultores a revolver la tierra agotada por anteriores cosechas y llevar a la superficie el substrato rico para nutrir cosechas futuras.

Los celtas llevaron también consigo ideas avanzadas sobre carpintería, que podían aplicar a la construcción de barcos, azuelas diestramente manejadas para fabricar mástiles, remos y el maderamen que forma los cascos de las embarcaciones. Pero gran parte de su habilidad en el trabajo de la madera se volcó en la construcción de complicadas fortificaciones, a fin de proteger sus poblados de las constantes correrías de enemigos, rasgo característico de la vida celta. Las más antiguas de estas fortificaciones, llamadas castros, estaban situadas en tierras elevadas, por razones obvias, y generalmente funcionaron más como guarniciones armadas que como ciudades ordinarias. Aunque a veces vivían en ellos los nobles, junto con respetados artesanos –como los herreros–, los castros fueron esencialmente lugares de refugio. Los agricultores y ganaderos se encerraban en ellos con sus familias y ganados cuando sus tierras eran atacadas por tribus celtas merodeadoras.

Las murallas de los castros eran paredes macizas de tierra trabadas interiormente con soportes de madera. Un foso rodeaba su parte exterior y en el interior se construían chozas adosadas a la muralla, lo cual les proporcionaba una mayor solidez. Los arqueólogos que estudiaron la construcción de un castro cerca de Abernethy, en Escocia, calcularon que sus carpinteros habían utilizado 975 m de tablones de 22 cm de ancho para el soporte interno de una muralla que encerraba un espacio de unas cinco áreas. Para ello, tuvieron que talar 640 árboles del tamaño apropiado, operación que debió cubrir unas 250 áreas de bosque.

Hacia el siglo VI a. de J. C., estos celtas resueltos y tecnológicamente avanzados habían llegado a dominar la mayor parte de Francia y de los Países Bajos y habían atravesado los Pirineos para establecer enclaves celtas en España. Hacia el s. IV a. de J. C. cruzaron el Canal de la Mancha y se introdujeron en-



La sal: una fuente primaria de riqueza

Para los antiguos celtas de Austria, durante el período de Hallstatt, que va desde el 700 hasta el 500 a. de J. C., uno de sus principales recursos era la sal de las montañas alpinas. Estimada como conservadora de alimento y también como condimento, la sal de los Alpes austríacos había sido un rico recurso desde el Paleolítico, y los depósitos que los antiguos celtas trabajaron la proporcionaban todavía en abundancia.

Para extraer este tesoro de las montañas, los celtas minaron como topos a través de la roca y la arcilla, y excavaron pozos oblicuos de más de 300 m de longitud hasta los cavernosos depósitos de sal. Apuntalaban los pozos con soportes de madera y con troncos trabajados construían escaleras para que descendieran los mineros. El lugar de trabajo era frío y resbaladizo; dentro de las minas la temperatura descendía hasta el umbral de congelación, y el aire era pesado por el humo de las antorchas de pino que los mineros clavaban en las paredes para iluminar.

Abrigados con ropas calientes, los mineros apalancaban la sal de las superficies de la mina, la recogían con palas de madera y la transportaban a la espalda en cestos de cuero. Todavía hoy se pueden ver restos de su industria: trozos de piel y de madera, útiles rotos, restos de alimentos comidos durante el trabajo. Los materiales que normalmente se convierten en polvo en la atmósfera salina de las minas han durado milenios.

Con el cesto al hombro y el pico en la mano, un minero celta marcha hacia la mina de sal. Su faltriquera de piel contiene manojos de ramas de pino que utilizará como hachones; a su regreso, traerá el cesto lleno de sal. Los mimbres entrelazados de la parte superior del saco lo mantienen abierto, y el asa es un palo de madera. El intenso frío de la mina obliga a usar ropas calientes: camisa y pantalones de lana, botas de piel y una capa de piel de oveja.

Dos mineros celtas trabajan en equipo –uno mantiene un pico y el otro golpea con un mazo de madera– para picar un contorno en forma de corazón en la pared de sal. Después trazarán una línea por la mitad y con una palanca sacarán los dos trozos de la pared. Con este método tan eficaz, los hombres, estimulados por el ejercicio, podían quitarse parte de sus pesadas ropas. La curva del mango del pico tenía una finalidad especial: disminuía la fuerza de los golpes del mazo y ayudaba a mantener firme la hoja. Aun así, el impacto de los golpes del martillo y la fragilidad de la dura roca de sal rompía muchas hojas; todavía actualmente aparecen puntas rotas esparcidas en muchas minas.



tre los pueblos indígenas que vivían en las tierras bajas del Támesis. Pero el centro de su poder se estableció finalmente en una zona que en la actualidad ocupa, aproximadamente, Suiza, el oeste de Austria, sur de Alemania y Francia.

En este centro –especialmente en los ricos valles del Sena, Ródano, Rin y alto Danubio– florecieron las tribus celtas, y se desarrolló una nobleza inmensamente rica. Los príncipes y princesas celtas eran enterrados con mayor esplendor que el que reflejan las tumbas hallstátticas.

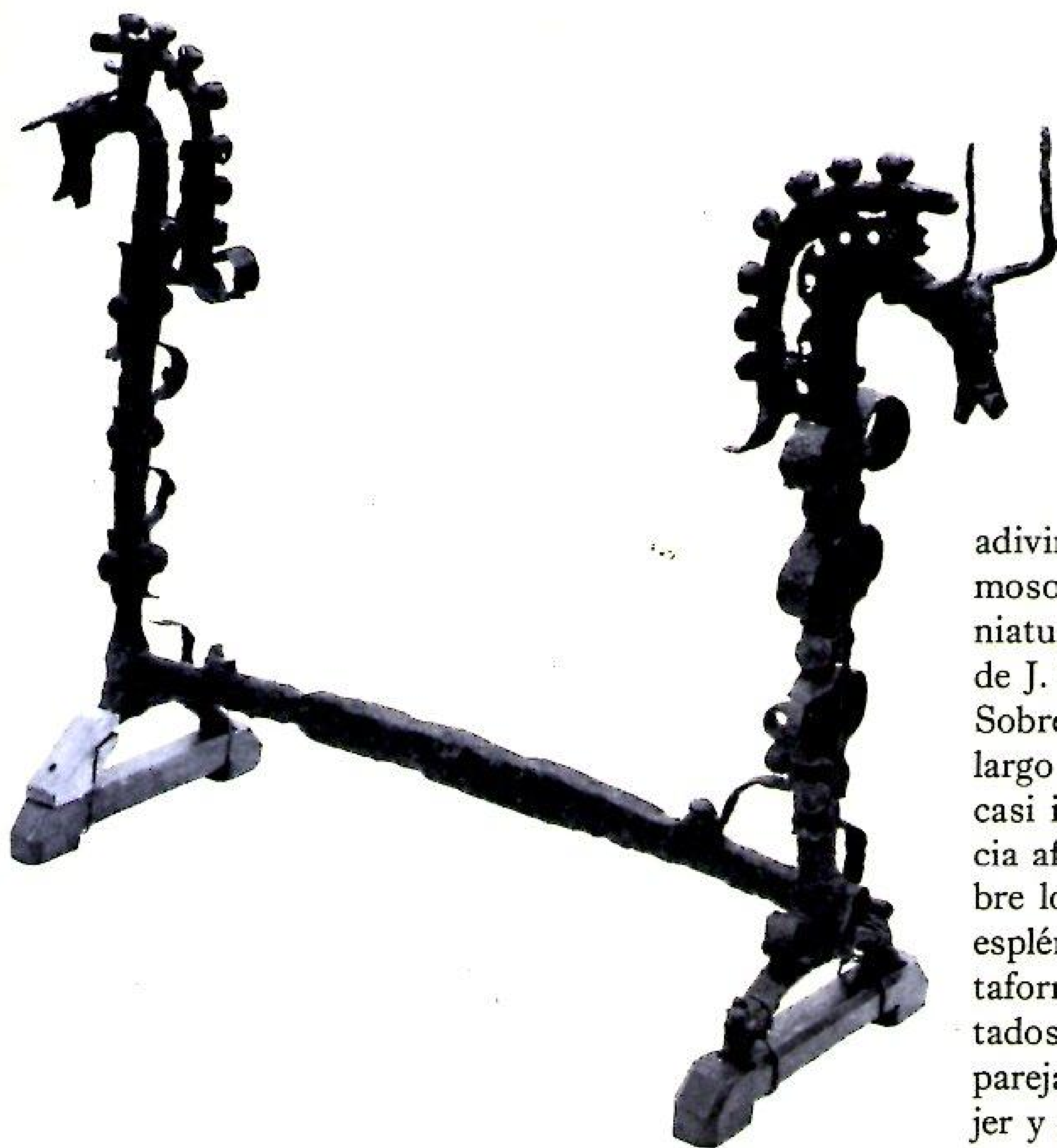
Incitados por las demandas de estos señores ricos e inspirados en la artesanía de los objetos de lujo importados, los artesanos celtas crearon productos de diseño cada vez más sofisticado. En efecto, apareció un arte celta personal que fascina a arqueólogos e historiadores. Al trazar el curso de su desarrollo artístico en varios grupos estilísticos y anotar su expansión geográfica, se pueden cartografiar los movimientos celtas en un mapa de Europa con un buen grado de exactitud.

La primera fase del arte celta, que va aproximadamente desde el 700 hasta el 500 a. de J. C., se llama de Hallstatt, por el poblado alpino donde se encontraron las primeras tumbas identificables como celtas. Durante el período de Hallstatt, cuando el estilo artístico no había cruzado aún las vagas fronteras del centro celta de la Europa occidental, los motivos utilizados por los artesanos celtas reflejaban esencialmente su herencia de anteriores tradiciones europeas. Los motivos se sacaban de la naturaleza, pero estaban estilizados. La figura humana aparece a menudo tan esquematizada que llega a lo abstracto. Un ceramista desconocido cuyo trabajo se encontró en una tumba cerca de Sopron, Hungría, decoró sus cerámicas con dibujos de hombres y mujeres hechos de un modo primario, con cuadrados, círculos y triángulos. No obstante, los dibujos están muy lejos de ser estáticos, y forman además un vivo comentario social.

Las mujeres del ceramista de Sopron llevan faldas cortas en forma de campana y están representadas hilando, tejiendo, bailando, tocando la lira y montando a caballo. En una escena, dos de ellas se tiran de los cabellos. Los hombres –la mayoría de ellos en escenas de lucha– llevan pantalones largos, o calzones, un estilo de vestir tan extraño a los ojos de las gentes europeas meridionales, que posteriormente se convirtió, para griegos y romanos, en una de las señales identificadoras de los celtas.

Los artistas del período de Hallstatt dibujaron pájaros y animales con un realismo mayor y con mucha más gracia que la figura humana. Parece que los artistas se deleitaron especialmente con los cisnes y patos. Además, los pájaros acuáticos sirvieron para decorar tal cantidad de objetos diferentes, desde recipientes de bronce hasta las varas del carro, que los estudiosos piensan que debieron de estar asociados a algún tipo de culto religioso. (Las antiguas leyendas irlandesas mencionan frecuentemente la pureza del cisne y las cacerías de cisnes.) En el repertorio de los artistas de Hallstatt había también cabras y ciervos, y una tapadera de un recipiente llevaba incluso la imagen de una esfinge, animal mítico con cabeza humana y cuerpo de león. La idea de estas criaturas fue importada de los griegos, que las ponían en los recipientes vendidos a los celtas. El creador del dibujo sobre la tapadera del vaso copió quizás las figuras de las que había visto en las importaciones griegas –o quizás él mismo fue un artesano griego al servicio de un jefe celta–.

Además de los motivos de animales y pájaros, que quizás fueron símbolos de culto, los artesanos hallstátticos fabricaron de vez en cuando objetos con una clara finalidad ritual, aunque generalmente es difícil



Ejemplo del más fino trabajo celta en hierro. Este morillo, de 75 cm de altura, es del siglo I d. de J. C. y fue encontrado en Gales. Servía para soportar los troncos que ardían durante los banquetes en la casa de un jefe. Cada soporte acaba en una cabeza de buey estilizada y adornada con una cresta; la cinta anillada que remachaba los soportes contenía barras sobre las que descansaban los asadores para colocar trozos de carne.

adivinar su exacto significado religioso. El más famoso de estos objetos es un carro de bronce en miniatura encontrado en una tumba del siglo VII antes de J. C. en el yacimiento celta de Strettweg, Austria. Sobre el carro, que tiene aproximadamente 35 cm de largo por 18 de ancho, el escultor colocó dos grupos casi idénticos de figuras, de espaldas y mirando hacia afuera. En cada grupo hay dos figuras de pie sobre los ejes, que cogen entre las dos a un ciervo de espléndidas astas extendidas. Tras ellos, sobre la plataforma del carro, hay dos pares de guerreros montados que llevan yelmos puntiagudos; entre ambas parejas de guerreros hay otras dos figuras –una mujer y un hombre, ambos desnudos–. En el centro del carro hay una sola figura, una mujer, seguramente una diosa, que sobresale sobre las demás y con los brazos elevados por encima de su cabeza sostiene un cuenco grande y poco profundo. También la diosa está desnuda, a excepción de una falda que ciñe su cintura y un par de zarcillos.

Sea cual fuere su simbolismo –algunos estudiosos piensan que el grupo se relaciona con un sacrificio ritual– el carro de Strettweg es típicamente hallstáttico. Las figuras son finas y delgadas, delicadas y algo rígidas; aunque la rigidez es más bien un convencionalismo artístico que falta de habilidad. En cuanto a fuerza artística, son casi como el arte griego arcaico, y quizás allí está la fuente de inspiración del artista. En realidad los señores celtas ricos conocían el mundo egeo y sus productos –especialmente el vino de Grecia–.

La demanda de vino griego entre los celtas fue la verdadera responsable de la abundancia de un tipo peculiar de objetos: las jarras ricamente pintadas en que se conservaba y servía la bebida. A veces se han hallado envases con restos de su antiguo contenido. En una ocasión se encontró un gran recipiente, con capacidad para más de 1.000 litros, en la tumba de

Antiguos objetos de complicados motivos

Aunque los escritores griegos y romanos describieron a menudo a los celtas como bárbaros –siempre prontos para la guerra– fueron en realidad un pueblo muy creador. Con refinados motivos heredados de sus antecesores de la Edad del Bronce o ideas y técnicas adoptadas de culturas vecinas, desarrollaron un asombroso arte personal basado ampliamente en formas encontradas en la naturaleza.

La cerámica y los objetos de bronce ilustrados en estas páginas son ejemplos de la fase inicial de aquel arte, y llenan el período que va desde el 700 al 500 a. de J. C. conocido como estilo de Hallstatt, por un antiguo establecimiento celta de Austria. El arte de Hallstatt, como gran parte del arte más sofisticado producido posteriormente por los celtas, tendía a la abstracción –prefiriendo zigzags, círculos concéntricos y otros dibujos geométricos o figuras de animales y pájaros muy estilizadas–.



Este broche de bronce, de 10 cm de ancho, procede de una tumba hallstáttica de Austria. Tiene una hilera de colgantes de cadenas y triángulos y fue diseñado para deleitar el oído y la vista de quien lo llevaba. Los círculos concéntricos del broche en forma de media luna son quizás representaciones de discos solares.



Asombrosamente decorada con motivos geométricos incisos e impresos, esta vasija de cerámica de estilo hallstáttico, encontrada en el oeste de Alemania, tiene casi 40 cm de diámetro. El tono oscuro que destaca sobre el marrón fue obtenido con una capa de grafito.



Este carro de bronce, de sólo 25 cm de altura, fue realizado por un artesano hallstáttico y es quizás una miniatura del tipo utilizado en los rituales. Los patos que lo adornan tenían probablemente un significado místico-divino.

Esta combinación de recipiente y soporte (derecha), de unos 35 cm de altura total, procede de una rica tumba de Hallstatt. Fue hecho de hoja de bronce y se utilizaba probablemente en los rituales. Los jabalcones enroscados y cruzados entre los pies del soporte fueron tal vez adoptados del arte de la Edad del Hierro de Italia, pero el resto de la decoración es típica del estilo hallstáttico. Finas representaciones estilizadas de aves acuáticas ascienden por las patas hacia el recipiente, en el que se ven también otros pájaros de agua y discos que pueden ser signos solares.





Otro enterramiento de Hallstatt proporcionó este cuenco de bronce cuya asa es un toro seguido de su becerro. Las patas delanteras del toro, de 15 cm de longitud, se apoyan en un brazo de metal clavado al cuenco.

una rica princesa celta en Vix, cerca de Châtillon-sur-Seine, a 482 km al norte de la ciudad portuaria y colonia griega de Massilia, la actual Marsella, donde se desembarcaba el vino de Grecia.

La princesa de Vix fue sepultada hacia el año 500 a. de J. C. Aunque los objetos de manufactura celta enterrados con ella pertenecían al período de Hallstatt, al norte y al este de donde ella vivía estaba surgiendo otro tipo de arte celta. Iba a perdurar en tiempos cristianos y a extenderse por todo el mundo celta, desde el Mar Negro hasta Irlanda.

A diferencia del arte hallstáttico, sobrio y reprimido, el nuevo arte celta era ampuloso y curvilíneo y, comparado con aquél, deslumbrante por la complejidad de su dibujo. Parece que encontró fácil acogida entre los valientes y seguros aristócratas celtas, puesto que se convirtió rápidamente en el estilo artístico celta dominante.

Se necesitaba un nombre con que denominar este estilo, y los arqueólogos le pusieron el de La Tène, lugar de un yacimiento junto al lago Neuchâtel, en Suiza, donde se encontró la primera gran colección de objetos decorados de esta guisa. En uno de sus cambios periódicos, el lago alcanzó, en 1857, un nivel inusitadamente bajo, y sobre la línea del agua aparecieron maderos espectrales. Atrajeron la atención de un buen aficionado arqueólogo de la región, el coronel Friedrich Schwab, que supuso eran los pilares de un palafito suizo de la Edad de Piedra. Los palafitos suizos eran la especialidad del coronel. Durante más de tres años dragó el lugar con un bote y una pala que había diseñado especialmente para esta finalidad. Desde el bote podía observar el fondo poco profundo del lago y con la pala sacaba los frágiles objetos envueltos aún en un bloque de barro protector; de este modo no los dañaba en la extracción.

En total, el coronel extrajo del fondo del lago centenares de armas de hierro, lo que hizo pensar a los arqueólogos posteriores que La Tène había sido un lugar votivo. Los maderos espectrales –se demostró– no eran pilotes, sino soportes de un puente que cruzaba un río que desembocaba en el lago, y la gente que cruzaba el puente arrojaba las ofrendas quizá para aplacar a los espíritus del agua que habitaban –según sus creencias– bajo la superficie del agua.

Entre las armas de La Tène, había 50 espadas largas, agudas, con asombrosos dibujos sobre sus hojas, exactamente debajo de la empuñadura. En vez de ser rígidos y geométricos estaban trazados con líneas retorcidas que se rizaban en zarcillos y se enlazaban en verticilos y espirales. Posteriormente, en otras excavaciones celtas en los valles del Rin y del Marne, se encontraron composiciones similares, lo cual convenció a los estudiosos de que los dibujos de La Tène, lejos de ser un simple fenómeno local, abarcaban un entorno cultural mayor. ¿Qué significaban esos diseños y de dónde procedían?

El arte de La Tène se parece en cierto modo al de los escitas del sur de Rusia, un pueblo con el que los celtas no pudieron tener sin duda mucho contacto. ¿Acaso algunos ejemplos perdidos del arte escita prosiguieron camino hacia Europa a través de algún intermediario y atrajeron la mirada de algún artesano celta especialmente hábil, una especie de Picasso celta, que después inspiró toda una escuela de seguidores? Quizá. Puesto que el arte de La Tène tuvo siempre una distribución bastante amplia y no llegó a ser completado y perfeccionado en una región determinada, algunos estudiosos piensan que el impulso original pudo llegar del taller de un hombre particular, un maestro artesano tan habilidoso que influyó sobre generaciones de otros artesanos. Este es llamado, algo románticamente, el Maestro de Waldalgesheim, por un lugar del Rin medio donde se encontraron los ejemplos más típicos de este trabajo.

Tan fuerte fue su influencia que, en vez de La Tène, el estilo podría haber llevado el nombre de su lugar de origen –Waldalgesheim.

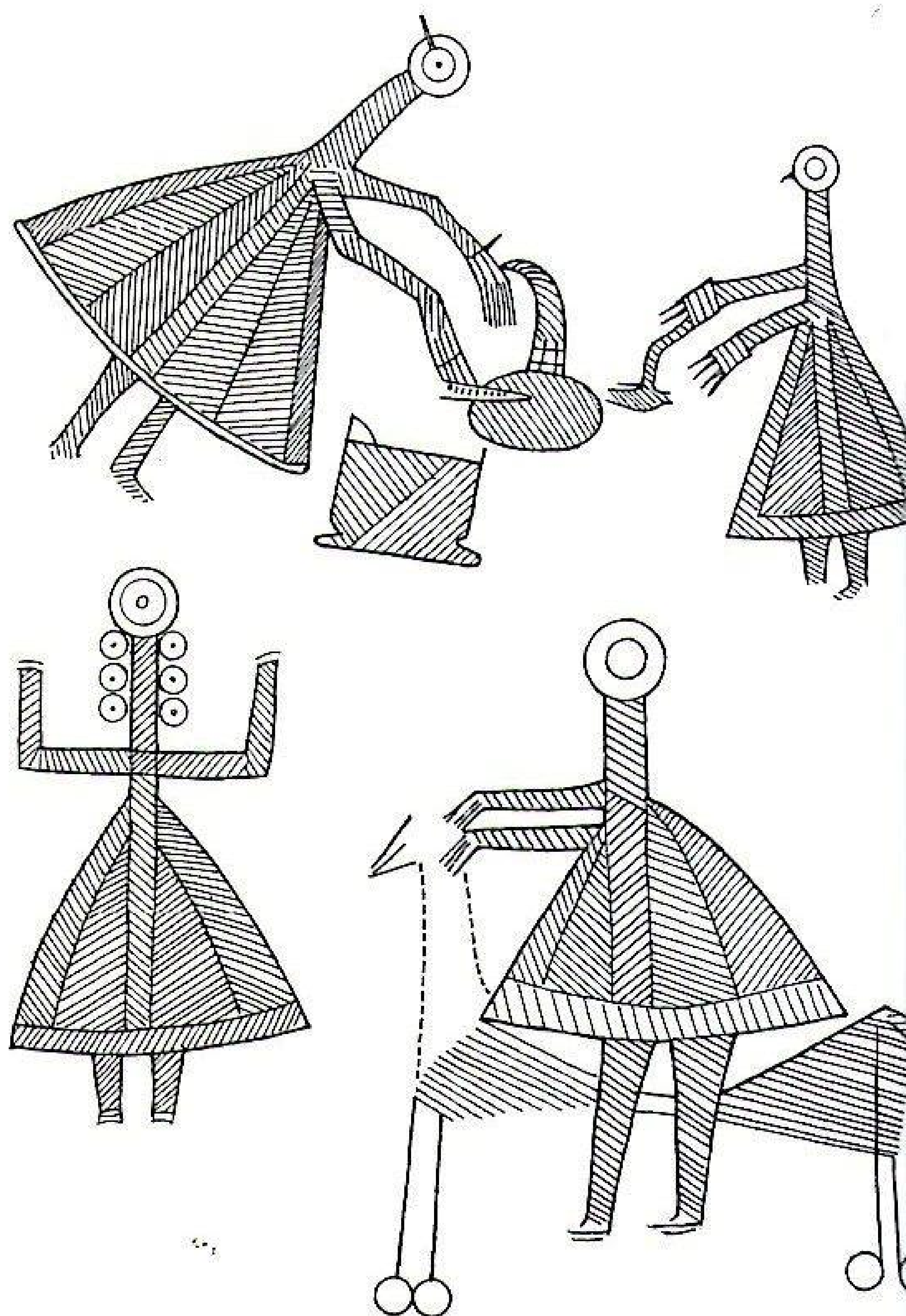
El arte de Waldalgesheim caracteriza a otras dos versiones del arte de La Tène que le siguieron: el estilo plástico y el estilo de las espadas. De un modo ideal, todas las partes del objeto aparecen dibujadas –cuanto más fantástico y retorcido fuera el dibujo, mejor–. Dando rienda suelta a su imaginación, el Maestro de Waldalgesheim y demás seguidores de su estilo llenaron todo espacio posible con flores que se arraciman y emparejan, con tallos enlazados y hojas enroscadas, extraños rostros parecidos a máscaras y verticilos que acaban en ojos solitarios.

En el arte de La Tène llamado plástico, este concepto se traduce en tres dimensiones; los contornos del objeto se configuran con complicados dibujos calados. Y en el arte de las espadas el dibujo Waldalgesheim está sobrepuesto a dibujos figurativos rectos a fin de crear un arte que es a la vez abstracto y representativo. Por ejemplo, en el arte de las espadas (así llamado porque aparece más corrientemente como decoración de vainas de espadas) la figura de un caballo se expresa sólo en su contorno. Dentro de la línea externa, el cuerpo del animal contiene dibujos que guardan una ligera relación con asuntos tales como la silla de montar y las bridas e, igualmente, poca o ninguna conexión con los músculos y los huesos de la anatomía equina.

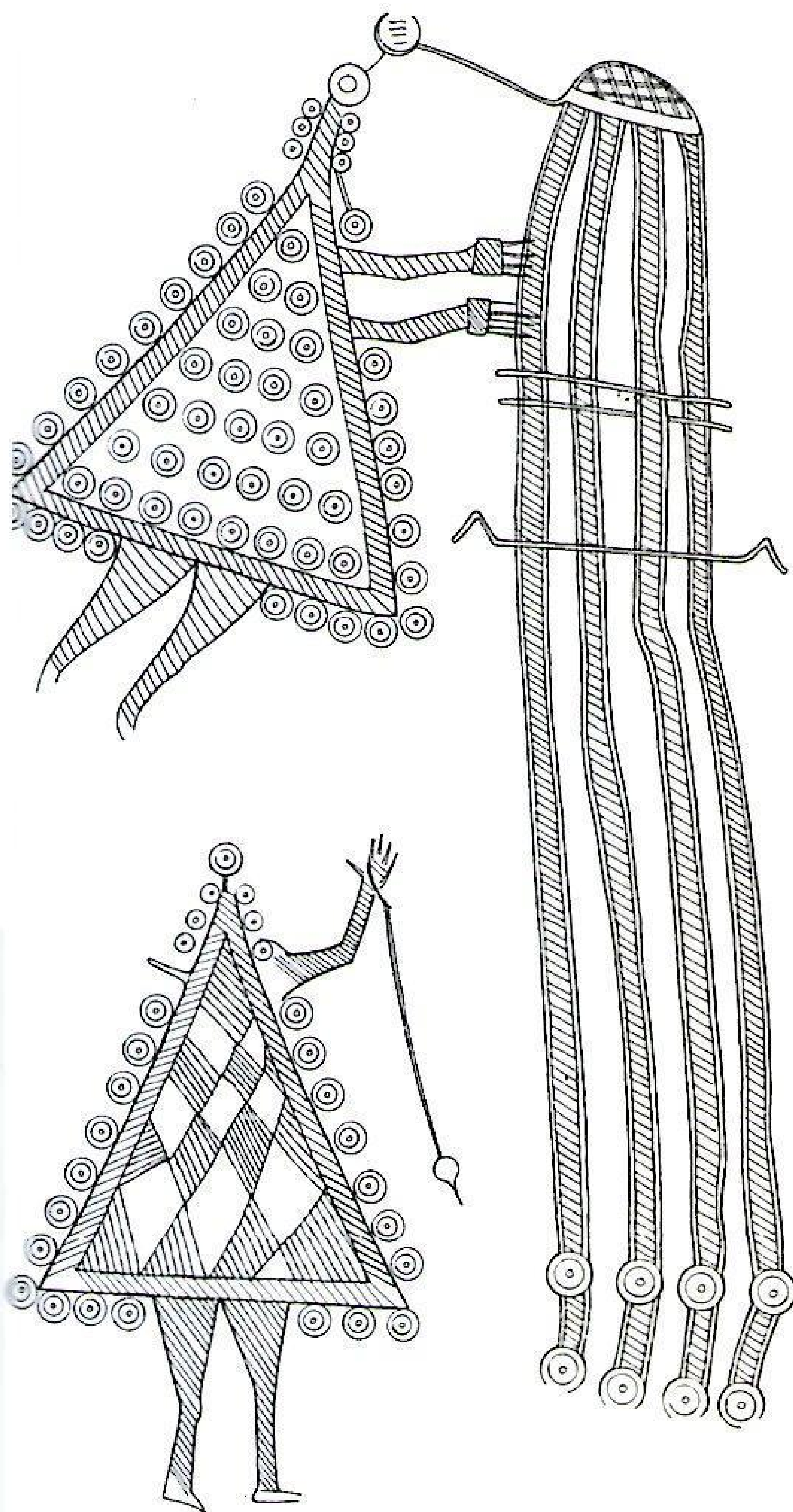
El arte de La Tène no es un arte tranquilo. La mayoría parece un material sacado de un mundo de ensueño; y, como los sueños, es algo inquietante. Hay, por ejemplo, un bello frasco de Dürrnberg, Austria, con un delgado cuello dibujado en filigrana y un asa graciosamente curvada que es, en realidad, el cuerpo arqueado de un animal parecido al gato. La ejecución es elegante, y el dibujo una delicia; hasta que, de repente, uno se da cuenta de que la boca del

VISION ABSTRACTA DE LA VIDA CELTA

Aunque, tras la excavación comenzada en 1846 en Hallstatt, aparecieron muchos objetos y huesos de los celtas de la Edad del Hierro, los estudiosos deseaban poder verlos a ellos mismos. El autorretrato celta esperado desde hacía tanto tiempo fue descubierto en un escondrijo de cerámica pintada en Soprón, Hungría, hacia el 1900. Enterradas en túmulos en las laderas de la colina, estas urnas funerarias estaban decoradas con escenas vivas de ocupaciones diarias, reproducidas aquí en tamaño ligeramente reducido. Las viñetas ofrecían una rápida visión de las actividades religiosas y seculares de los celtas, aunque su dibujo estilizado dice poco sobre la personalidad de la gente.



Realizando sus tareas como muñecos animados, los habitantes del primitivo Sopron, con sus vestidos estriados y en forma de campana, toman parte en una ceremonia religiosa. Las dos figuras con cara de pájaro (arriba) parecen estar sacrificando un animal astado encima de un altar, mientras que un adorador (arriba, izquierda), adornado con rizos o joyas, danza como si estuviera en trance. Directamente encima, un jinete –que parece un espectador– sujeta las bridas de su cabalgadura de cascos redondos.



Dos mujeres, alegremente ataviadas con vestidos cónicos cubiertos con círculos concéntricos y ajedrezados, están fabricando afanosamente alguno de los famosos tejidos del período de Hallstatt. La forma parecida a un árbol de mayo es un telar; la figura de la parte superior, con un solo círculo para sugerir su cabeza, está tejiendo alguna tela de lana. En la parte inferior, una hilandera hace girar un uso en que retuerce las fibras para convertirlas en hilo de coser.

animal tiene una cabeza humana cortada. En dos jarras de bronce de Basse-Yutz, en Lorena, las asas están formadas por animales fantásticos en pleno salto que les llevará hacia confiados patos que están sentados plácidamente sobre el cuello de la vasija, inconscientes por completo del inminente peligro.

Cuando el arte de La Tène maduró, la cualidad oculta de sus dibujos se hizo más pronunciada. Ninguna cosa era nunca lo que parecía ser. Un adorno de bronce con una filigrana maravillosamente complicada, procedente de una tumba de Checoslovaquia, está dominado por lo que parece ser una cabeza de toro. Pero cuando se mira la cabeza desde otro ángulo, se ve que tiene una cara humana, de modo que, al final, la cara semeja una aparición.

Hacia el siglo II a. de J. C., el dibujo de La Tène ha desarrollado una forma de arte tan distintivamente celta que, cualesquiera que sean sus derivaciones y préstamos, no tiene nada en común con el arte de otros pueblos contemporáneos. La Tène, por ejemplo, estaba mucho más relacionado con el mundo natural que el arte humanista de los griegos –particularmente cuando afrontaba los aspectos más salvajes de la naturaleza–. Paul Jacobsthal, uno de los primeros estudiosos del arte celta, lo llamó al mismo tiempo "atractivo y repelente, complicado y hábil; lleno de paradojas, desasosegado, intrigadamente ambiguo; racional e irracional; oscuro y misterioso. No obstante fue un arte real". Esta descripción se puede aplicar también a la gente que realizó este arte.

Durante sus largos siglos de influencia, a través de los períodos de Hallstatt y La Tène, los celtas del norte chocaron con los teutones de las tierras escandinavas. En el oeste ocuparon Britania, exactamente hasta el norte de Escocia. Pequeños grupos de celtas habitaron Irlanda desde el 500 antes de J. C. y continuaron desplazándose hasta allí desde el con-

tinente y desde Britania, con una última oleada procedente de esta isla –quizá como resultado a su vez de las invasiones romanas en Britania en el siglo I a. de J. C.–.

En el sur, atraídos por la riqueza del mundo etrusco –y, sin duda, por el clima que, desde tiempo inmemorial, ha movido a los europeos nórdicos hacia la "tierra de los limoneros"–, atravesaron los Alpes para atacar Italia y saquearon Roma en el 390 a. de J. C. Aunque se retiraron a sus lares casi inmediatamente tras la incursión, establecieron una posición en el norte de Italia.

En el este, las tribus celtas llegaron Danubio abajo hasta Bulgaria, donde se encontraron con Alejandro Magno que estaba operando en la misma área. Alejandro recibió mensajeros celtas en el 335 a. de J. C. e intercambió tratados de alianza con ellos. El juramento celta mencionaba que su alianza con Alejandro duraría hasta que "el cielo se desplomara". Quizás ésta era una versión del juramento utilizado por los celtas en Irlanda 1.000 años después: "Nosotros guardaremos fidelidad a menos que el cielo caiga y nos aplaste o que la tierra se abra y nos trague o que el mar se eleve y nos sumerja."

Con la disolución del imperio de Alejandro, después de su muerte en el 323 a. de J. C., y con las riquezas de Grecia al alcance, los guerreros celtas presionaron hacia el sur, en Macedonia, y en el 279 a. de J. C. marcharon contra la misma Grecia. Desde allí, algunas de las tribus más aventureras cruzaron el Helesponto hacia Asia Menor y se introdujeron tierra adentro para establecer el reino celta de Galacia, cerca de la actual Ankara. Los descendientes de estos celtas fueron identificados 600 años después por el misionero cristiano San Jerónimo, que viajó por Galacia; el idioma hablado allí le sonó a Jerónimo como el de los treveri, una tribu celta conocida por los romanos como habitantes del Rin.

A medida que se extendían por Europa y Asia, los celtas del período de La Tène introdujeron, junto con su nuevo estilo artístico, logros técnicos en sus principales ocupaciones: la guerra y la agricultura.

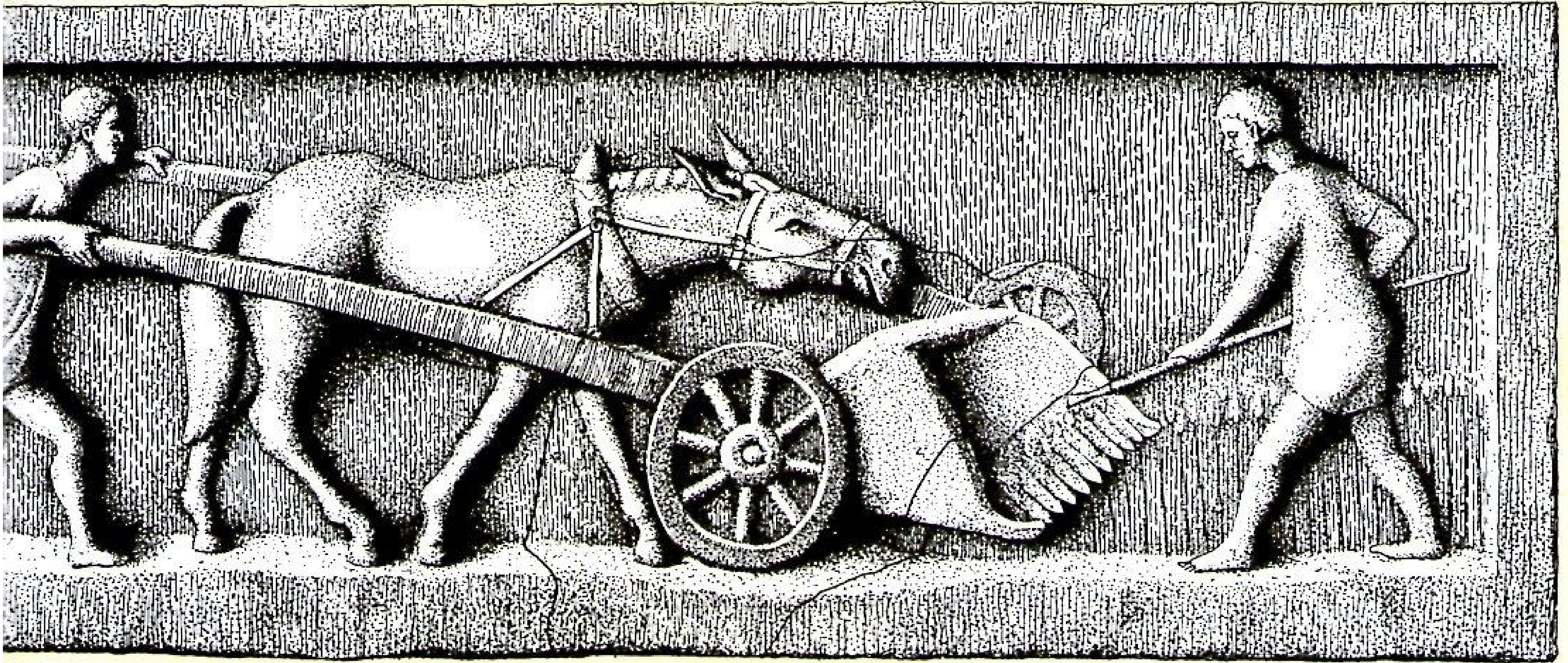
Por consiguiente, después de la aparición de la cultura de La Tène, el hierro tuvo una utilización mucho más amplia que en la época de Hallstatt. Los carpinteros trabajaron con sierras de hierro provistas de estructuras de madera, parecidas a las actuales sierras para el metal, y poseyeron una especie de tosco tornillo de madera.

Algunos de estos avances llevaban el sello de influencias externas, resultado de crecientes contactos con otras civilizaciones, en especial las de Grecia y Roma. Pero, al igual que el material no original del arte de La Tène, las nuevas ideas fueron celtizadas.

De sus contactos con los pueblos del sur, los celtas europeos adoptaron la moneda, que acuñaron con símbolos extraídos del repertorio del arte de La Tène. Las cabezas clásicas de las monedas griegas y romanas fueron sustituidas por aves acuáticas, animales de culto, símbolos solares y extrañas caras parecidas a máscaras que eran las favoritas del repertorio de dibujos celtas. Pero estas monedas fueron utilizadas primordialmente en el comercio con mercaderes extranjeros. Los celtas, entre ellos mismos, prefirieron calcular el valor de un objeto en términos de productos, especialmente los dos que tradicionalmente valoraban más: ganado y esclavos. Tan arraigada estaba la noción de esclavo como unidad de valor que, aún en el siglo XII, en Irlanda, los hombres calculaban el valor de un campo o de un carro en términos de una *cumal,* o esclava. En la tabla de conversión para este sistema de valores, una esclava equivalía a seis vaquillas o a tres vacas lecheras.

La principal fuente de esclavos, por supuesto, era la conquista. A juzgar por las pruebas arqueológicas,

En un relieve del siglo II d. de J. C. encontrado en una tumba en Luxemburgo aparece esta segadora con ruedas, empujada por una mula y atendida por dos trabajadores –el conductor detrás, y otro hombre para apartar el cereal cortado por los dientes de la segadora–. El aparato fue inventado por los celtas, quienes, a su vez, lo pasaron a los romanos.

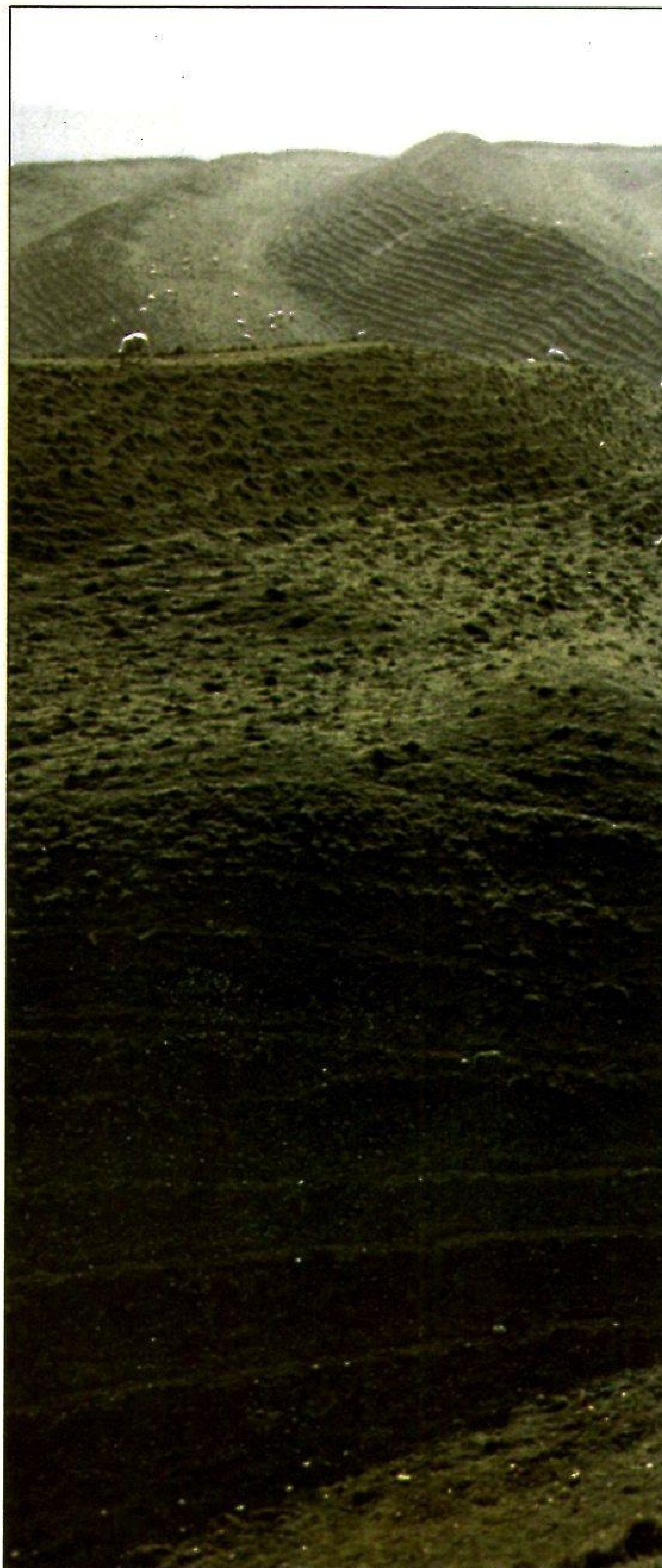


cuanto mayor era la prosperidad celta mayor era su preocupación por las incursiones y la guerra. Los herreros y fabricantes de carros debieron de estar constantemente incitados a superarse en la fabricación de armas y equipamiento, y los constructores debieron de estar continuamente ocupados en agrandar y mejorar las fortificaciones celtas.

Conducidos por cocheros cubiertos con capas de piel y traqueteando sobre las toscas carreteras que cruzaban el país celta, los carros de guerra celtas, sobre todo los de dos ruedas, fueron seguramente algo digno de ver. Sus cajas de cestería llevaban herrajes de bronce decorados con complicados dibujos, y sus parejas de rápidas jacas estaban adornadas con arneses tachonados de metal, tan grandes como los que llevaban los caballos de cervecería del siglo XIX. Un historiador romano decía haber visto todavía un carro de guerra celta totalmente cubierto de plata, aunque este tipo de vehículo debió de ser usado solamente para funciones ceremoniales.

En cuanto al castro celta, se había convertido entonces en un lugar de morada permanente con algunas características de ciudad. A lo largo de las rutas comerciales funcionó a menudo como centro de mercado y de manufactura, e incluía no sólo las casas de los nobles y los talleres de los artesanos sino también establos y chozas para que los agricultores y comerciantes los utilizaran cuando entraban en las fortificaciones a fin de intercambiar objetos y productos. En algunos lugares estos centros comunes de actividad comprendían grandes áreas y contenían una población fija permanente. Cerca de Autun, Francia, un lugar amurallado celta cubría un área de unas 135 ha y pudo albergar hasta unas 300.000 personas.

Estas marcas de tareas agrícolas, de 25 m de altura, que en un tiempo, en la Edad del Hierro, rodearon la ciudad de Maiden Castle, Inglaterra, son ahora un tranquilo lugar de pasto para las ovejas. Los habitantes de la ciudad, unos 5.000, vivieron en la meseta superior, desde el 300 a. de J. C. hasta el 70 d. de J. C.



Los romanos llamaron *oppida* a estos establecimientos celtas, y los arqueólogos han adoptado el término para distinguirlos de los más antiguos y menos complicados castros. En un lugar de Dorset, Inglaterra, llamado Maiden Castle, las excavaciones han puesto al descubierto pruebas de sucesivas fases de ocupación que hacen posible trazar el desarrollo de Maiden Castle desde un modesto castro hasta un *oppidum* de unas 18 ha, complicadamente protegido por múltiples murallas. Maiden Castle se eleva sobre una colina de Dorset, la región del novelista Thomas Hardy, y Hardy lo describió, en su estilo típicamente oscuro, como "una estupenda ruina mezclada con protuberancias, que desde estas inmediaciones tienen el aspecto animal de verrugas, lupias, nudillos y caderas. También puede ser comparado a un organismo enorme, de muchos miembros, de alguna época antediluviana".

Este lugar, en lo alto de una colina, fue habitado más o menos continuamente desde el 2000 antes de J. C., cuando el primer grupo de ocupantes excavó una serie de fosos intermitentes en la tierra yesosa. Los colonizadores celtas empezaron a utilizar el lugar hacia el 300 a. de J. C. y rodearon una zona de 550 áreas con un foso continuo de 6 m de profundidad por 15 de anchura en el borde. Todo el material extraído del foso fue elevado en grandes cestos para construir una muralla en la parte superior, dos veces la altura de un hombre y de 3,50 m de espesor. Un entramado de maderos fijaba la tierra y el yeso y sostenía la muralla en pie.

Dos entradas, protegidas con empalizadas, atravesaban la muralla en lados opuestos, y se cerraban, al parecer, con dos puertas de madera de 4 m de anchura. Unas calzadas conectaban las dos entradas con un área amplia y llana más allá del foso, y en el exterior de una de las entradas había una cerca de madera para ovejas y vacas sobre una extensión apro-



ximada a la de un campo de fútbol. La superficie de este corral, así como la de las calzadas, estaba pavimentada con pedernal, que había sido rodado sobre la superficie húmeda del suelo yesoso para formar una especie de guijarro. El pavimento fue probablemente ideado para mantener secas las patas de los animales de corral, con lo que disminuían sus enfermedades, y para evitar que se hundieran las ruedas de los carros.

El interior de Maiden Castle contenía pequeñas cabañas: sus cimientos rectilíneos, redondos y poligonales están todavía allí. El castillo está casi lleno de hoyos en forma de barril, algunos de hasta 3,50 m de diámetro. Por los restos encontrados en los hoyos, los arqueólogos creen que algunos fueron utilizados para almacenaje, drenaje y basura. Pero otros parecen haber servido de comedores exteriores.

Agrupados alrededor del fuego en la base del hoyo, protegidos contra el viento y la lluvia penetrante de Wessex por algún tipo de techo, los habitantes celtas del castillo celebraban banquetes con carne de cerdo y cordero y se deshacían de los huesos arrojándolos por encima de sus hombros. Cuando el amontonamiento de huesos sobre el suelo del comedor era demasiado grande e impedía la comodidad, extendían simplemente una capa fresca de tierra y yeso y construían un nuevo hogar en su superficie.

A medida que transcurría el tiempo, las fortificaciones de Maiden Castle fueron extendiéndose. En la etapa final de su ocupación, en el siglo I d. de C. sus murallas eran dos veces la longitud original y seguramente incluían una población de hasta 5.000 personas. En realidad, las ruinas de Maiden Castle contienen un testimonio patético de cómo acabaron estos celtas: una sola vértebra humana atravesada por una punta de flecha romana lanzada probablemente por una máquina de asedio romana cuando los ejércitos del general Claudio invadieron Britania en el 43 d. de J. C.

Este recuerdo terrible representa en realidad el fin de un modo de vida celta desarrollado en Maiden Castle y en cientos de comunidades similares a lo largo y ancho de Europa durante unos ocho siglos. Fue un modo de existencia que ha llegado hasta nosotros en forma de atormentantes fragmentos que provocan muchas preguntas sin respuesta. Pero las pocas piezas que se guardan revelan un pueblo vivaz impelido por una extraordinaria energía.

Las obras de arte de un pueblo primitivo

El concepto de la vida que tenían los celtas, con su énfasis sobre lo mágico y sobrenatural, quedó mucho mejor expresado en la habilidad de sus trabajadores del metal, particularmente en el arte de la cultura de La Tène, que empezó hacia mediados del siglo V a. de J. C., continuó en el continente durante 400 años, y perduró más aún en las Islas Británicas.

El arte de La Tène, así denominado por la región suiza donde se encontraron los primeros ejemplos, combina motivos geométricos de los primeros estilos celtas con temas derivados de otros pueblos –sobre todo griegos y estruscos, pero también persas y orientales–. Sin embargo, el efecto del arte de La Tène es mucho más ambiguo que el de las decoraciones realistas que aparecen en objetos importados por los celtas. Como en un sueño, ideas de cabezas humanas –entre los objetos celtas más sagrados *(páginas 103-111)*– emergen de volutas y espirales, motivos de lira, y dibujos de hoja de palma o de zarcillos de vid. Decoraciones enlazadas aparecen en sus armamentos *(derecha)* y en sus copas, adornos corporales, jaeces de caballo y carros.



De casi 82 cm de altura y elaborado en bronce martilleado y decorado con incrustaciones de discos de vidrio rojo, este escudo del Sur de Inglaterra fue probablemente utilizado en las ceremonias más que en las batallas.

Insignias de batalla de ilustres guerreros

El arte celta de la cultura de La Tène reflejaba la actitud de una aristocracia guerrera de cuyos jefes se esperaba hicieran una exhibición de fuerza. Para ello presionaban a los trabajadores del metal –que se creía tenían mágicos poderes– para que realizaran su mejor trabajo que luego era utilizado ceremonialmente como símbolo de rango.

Los herreros de La Tène utilizaron temas indígenas y también adoptaron otros de otras culturas, y durante este proceso desarrollaron su técnica con tal habilidad y creatividad que consiguieron una maestría propia que nadie les puede negar.

El gancho o hebilla triangular de cinturón *(derecha)*, con su figura humana esquemática y pájaros estilizados, deriva de motivos más antiguos que también dan importancia a las formas lineales. Pero el gancho de cinturón alude también a un tema oriental: un héroe enfrentado a dos bestias. La figura central, sin embargo, no parece realmente un ser humano, y las bestias se han convertido en dragones bicéfalos muy estilizados.

La ensortijada decoración del yelmo militar *(derecha)*, el más elaborado de los ejemplos celtas hasta ahora descubiertos, se basa probablemente en diseños de objetos del arte italiano importados a través de los Alpes por los celtas invasores. La vaina de espada *(abajo)* refleja la complejidad de la visión artística de los celtas: ninguna de sus dos formas enrolladas rítmicamente son iguales.



Este cierre de cinturón, de 18 cm de longitud, con sus belicosos dragones, fue encontrado en Hölzelsau en los Alpes austríacos. y recuerda los motivos de La Tène. Las bestias aparecen a menudo en vainas de espada y broches de cinturón celtas encontrados al sur de las montañas.



Esta vaina de espada de La Tène, de Bugthorpe en Yorkshire, Inglaterra, está decorada con un complicado dibujo de entrelazado sobre hoja de bro



El yelmo de Amfreville, hallado en el año 1861 cerca de la ciudad francesa homónima, es de bronce y hierro y tiene una banda central de oro.



y acaba en un extremo o contera de bronce fundido (derecha). La vaina, de 61 cm de largo, contiene la hoja oxidada de la espada de hierro original.



Elegantes recipientes para la bebida

Se ha dicho que el arte de los celtas debe mucho a su afición a la bebida. Durante algún tiempo al comienzo del período de La Tène, los celtas comerciaron con una colonia griega en lo que es actualmente el puerto de Marsella –donde compraban vino griego–. Este venía en grandes recipientes con dibujos clásicos cuyos temas serían familiares a los celtas, puesto que un banquete era un importante acontecimiento. Inevitablemente, los metalistas de La Tène crearon pronto sus propios recipientes para el vino y los decoraron con vivos dibujos propios.

Uno de estos objetos más decorados, el jarro de Dürrnberg *(izquierda),* tiene sobre su asa un monstruo espantoso que devora una cabeza humana. Un cuerno de oro para beber *(derecha, superior)* y una cubierta para cuenco de hoja de oro martillada *(derecha, inferior)* aportan más testimonios de la importancia dada por los celtas a la consumición de vino.

La jarra picuda de Dürrnberg, de casi 49 cm de altura, es testimonio de la habilidad de los artesanos celtas. En cada lado del borde del vaso hay una bestia de cola larga (abajo, en detalle), con lo que parece ser un miembro humano saliendo de su boca.





Este cuerno para beber hallado en Alemania mide 15 cm de longitud por la curva externa, es de oro encofrado con bronce y fue hecho usando como molde un cuerno de buey.



Descubierto en un enterramiento principesco de una región occidental de Alemania, en 1849, el cuenco de Schwarzenbach, de 13 cm de diámetro, lleva dibujos de oro calado basados en motivos griegos de plantas y hojas.



Zarcillos en espiral decoran el extremo de un torques encontrado en Waldalgesheim, Alemania. El adorno tiene casi 20 centímetros de diámetro.

Aderezos de mortales y de dioses

Los torques, o anillos para el cuello, que los celtas copiaron de versiones europeas más antiguas, fueron los ornamentos más característicos usados por ellos. Otros artículos eran brazaletes, brazales y anillos. Pero parece que el torques indicaba el *status* social y religioso del portador.

Flexibles, a veces con charnelas para que se pudieran abrir y colocar alrededor del cuello, los torques también los podían llevar las mujeres como adornos para la cabeza. La mayoría de los valiosos ejemplares de oro y plata proceden de tumbas femeninas, lo que sugiere que los hombres, en vez de enterrar sus torques, los pasaban generalmente a sus descendientes como herencia. Tal legado significaba quizás la transferencia de la jefatura en la familia o la tribu.



Este brazalete de casi 10 cm de diámetro fue descubierto en el río Tarn de Francia y está decorado en relieve alto y con motivos espirales. La joyería de bronce, a diferencia de la de oro y plata, era vendida a menudo a pueblos no celtas.



Este torques macizo de Trichtingen, Alemania, mide casi 30,5 cm de longitud y pesa más de 6 kg y está decorado con cabezas de toro que también llevan torques. La pieza fue probablemente un adorno simbólico para una escultura religiosa.

Gran pompa para los caballos de parada

Cuando los guerreros celtas más destacados hacían ostentación de su poder atendían cuidadosamente a los atavíos de sus jacas así como a sus armas y personas. De numerosos hallazgos funerarios nos llegan ejemplos de tales aderezos, como la evocadora cabeza de caballo encontrada en Melsonby, en Yorkshire *(derecha),* y el arnés en disco de bronce de Francia *(derecha).*

Como sucede con los objetos más elaborados de La Tène, que eran propiedad de los guerreros, probablemente estos adornos fueron concebidos para desfiles más que para la guerra, lo que muestra una afición orgullosa y declarada de exhibirse.





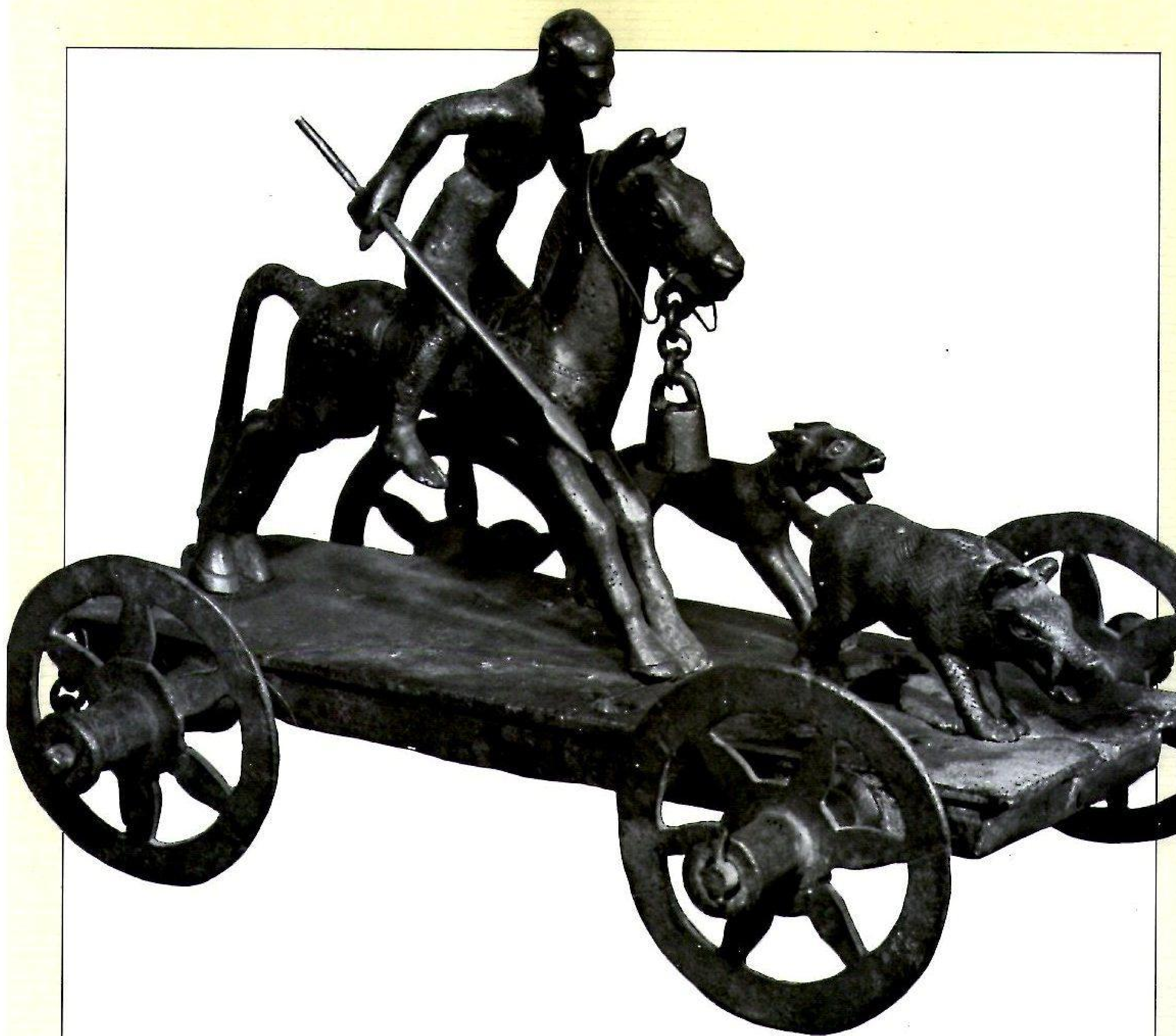
La montura de arnés, del siglo I d. de J. C., fue hallada en Santan, al este de Inglaterra, y mide unos 8 cm. Podía ir unida a una correa y ser usada para engalanar un caballo de tiro.

La cabeza de caballo, muy estilizada, de la llamada careta de Melsonby, mide poco más de 10 cm de altura y está modelada en hoja de bronce. En un tiempo estuvo quizás unida a un carro.



Un disco de arnés de bronce, de casi 25 centímetros de diámetro, decoró una vez un carro encontrado en Saint-Jean-sur-Tourbe, en la Francia central.

Capítulo tercero:
Aproximación a la vida de los celtas



Supóngase que, igual que los huesos secos que Ezequiel reunió, como relata el Antiguo Testamento, para dar vida a los hijos de Israel, pudieran también reunirse los huesos de los celtas. Cubiertos con carne y recibiendo el aliento "desde los cuatro vientos", saldrían de sus tumbas tal como eran en su apogeo, en los siglos anteriores e inmediatamente posteriores al nacimiento de Cristo. ¿Qué tipo de gentes serían? ¿Qué efecto produciría el verse uno cara a cara con ellos? Al realizar las actividades rutinarias de la vida, ¿cuál sería su condición humana?

Nadie puede estar seguro. Las noticias dejadas por los escritores griegos y romanos eran evidentemente parciales. La mayoría consideró a los celtas como tribus extrañas, errantes, con dudosas credenciales como para ser aliados adecuados de los hombres civilizados. La otra fuente principal de información –y especulación– sobre los celtas la forman los mitos de Irlanda, que adolecen de parcialidad y comparten con todos los mitos un fuerte fermento de fantasía e invención. Pero todas juntas, estas fuentes crean un cuadro vivo que proporciona un sustancial apoyo a las pruebas arqueológicas.

Para los urbanizados griegos y romanos que los conocían como contemporáneos, los celtas eran grupos de clanes indignos, que llevaban una existencia parecida a una colmena. Eran rurales, sin gusto aparente por la comida y el vestido, y faltos de modales y de moral. En su físico eran extraordinariamente corpulentos, a veces de modo alarmante. "Los galos son casi todos de elevada estatura... terribles por la dureza de sus ojos", escribía el escritor romano Ammianus Marcellinus.

Griegos y romanos, casi unánimemente, se sorprendieron por la blanca piel de los celtas, que se enrojecía cuando se airaban, y por su abundante cabello oro rojizo –una visión atónita para los ojos de los "civilizados" mediterráneos–. En el año 38 d. de J. C., el emperador Calígula ordenó arrastrar por las calles de Roma a un grupo de prisioneros celtas e hizo teñir de rojo los extraños cabellos castaños de algunos de ellos, lo que les daba la apariencia de animales exóticos. La barba era común entre los celtas, y también lo eran los bigotes espesos y caídos, que retenían comida cuando comían. A través de estos bigotes "la bebida pasa, cuando tienen, a través de una especie de colador", escribía Diodoro, un desdeñoso siciliano.

Antes de entrar en combate, habitualmente lavaban su cabello con cal y, cuando se secaba, lo estiraban hacia atrás en rígidas espigas, seguramente para evitar que los rizos cayeran sobre los ojos. De cualquier modo, la cal les daba una apariencia frenética y de embestida que siempre conseguía asustar a sus adversarios. (Seguramente la cal, que es un decolorante, ayudaba también a explicar el color oro rojizo de su cabello.)

Si los celtas, según sus más sofisticados contemporáneos, parecían poco refinados, las mujeres celtas parecían presumir de escasa inhibición. Aunque trenzaban sus largos cabellos y a veces lo recogían sobre sus cabezas en complicados peinados, eran generalmente aficionadas en exceso a los adornos. Movíanse al compás de collares y brazaletes y de pequeñas campanas que cosían en los bordes de sus túnicas. Sobre éstas llevaban llamativas capas con dibujos de rayas o cuadros de brillantes colores y a menudo elaboradamente decoradas con bordados de plata u oro.

Montado y armado de una lanza, un noble celta galopa con su podenco en persecución de un jabalí. Esta composición en bronce está colocada sobre un carro de cerca de 25 cm de longitud, con ruedas móviles y campanas que tintinean. Estas uniones de figuras y carros eran muy importantes para los celtas en las representaciones de sus divinidades, pero este objeto, de 2.100 años de antigüedad y que evoca una escena de caza, fue quizás un juguete sofisticado.



Se describe también a las mujeres celtas como preocupadas por el maquillaje. Pintaban las uñas de sus dedos, coloreaban sus mejillas con *ruan* –una hierba– y ennegrecían sus cejas con jugo de baya. Pero eran tan belicosas como sus maridos –un rasgo que un romano escribió a sus compatriotas a fin de que estuvieran precavidos–. "Toda una tropa de extranjeros sería incapaz de oponer resistencia a un solo galo si éste llamara a su mujer en su ayuda", advertía Ammianus Marcellinus. "Hinchando su cuello, rechinando sus dientes y esgrimiendo sus pálidos brazos de gran tamaño, empieza a dar golpes y patadas como si fueran otros tantos proyectiles salidos del disparo de una catapulta."

Los celtas fueron criticados también por su afición a la comida y la bebida. Se dice que el banquete de un gobernante celta, que invitaba a todo su reino y a cualquier extranjero que pasara por sus dominios, incluía tal cantidad de comida y bebida, que el monarca tenía que construir una cerca de 2,5 km² para servirlos. No se ha recogido el menú para este banquete tan particular. Pero una comida típica celta incluía gran cantidad de cerdo cocido, buey, vaca, caza y pescado, junto con miel, mantequilla, queso, requesón, leche, vino, hidromiel y cerveza. Los comensales podían sentarse en esta mesa durante varios días ininterrumpidos hasta que lo terminaban.

Este tipo de banquete se hacía generalmente en la casa de un jefe tribal, que era una construcción de madera parecida a una barraca. La planta de la casa estaba rodeada por pilares grabados y decorados que aguantaban el techo. Por lo común, los invitados se sentaban en círculo. En la casa de un noble poderoso el comedor era más complicado: a todo lo largo del perímetro del edificio había cubículos, separados entre sí por particiones de cestería, y dentro de los cubículos se sentaban los invitados nobles, cada uno con sus propios asistentes. No había sillas; los comensales se sentaban sobre pieles de animal o sobre eneas extendidas en el suelo de tierra. Las mesas eran tablas de madera sobre unos soportes que apenas las levantaban del nivel del suelo.

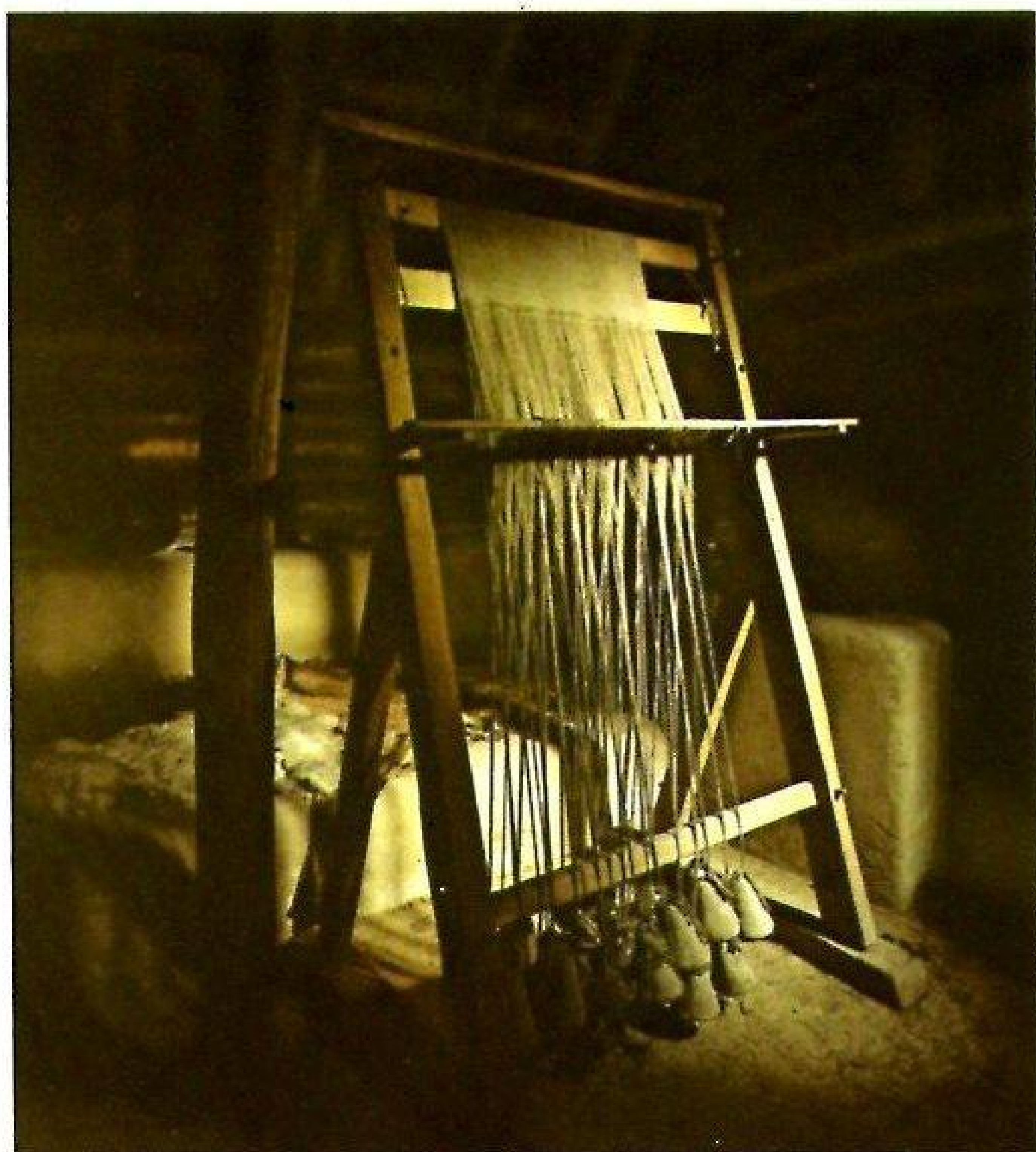


Hábiles en el uso de útiles de bronce, los constructores celtas del 600 a. de J. C. cortaron y encajaron troncos para crear sólidas estructuras. Un detalle (derecha) del fortín hallstáttico (izquierda) –en un lugar cerca de Viena donde se han reconstruido edificios de la Edad del Hierro– nos señala la precisión de los métodos de construcción. Las traviesas eran aseguradas con tiras de piel y cubiertas con un entramado de paja y trigo. La cabaña cónica cercana a la casa era originariamente un horno, hundido parcialmente en tierra.

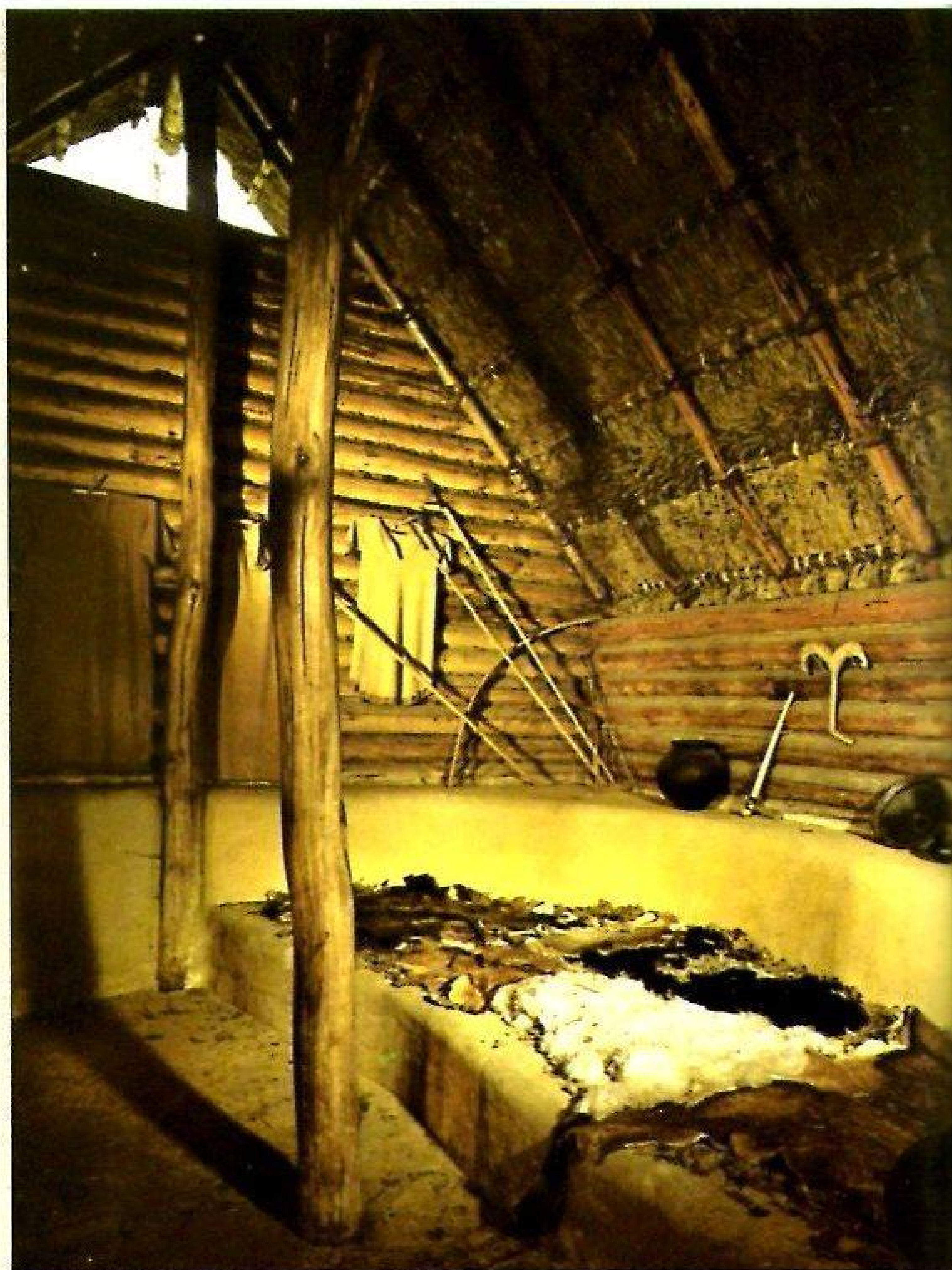
Según el historiador griego Ateneo, se observaba un estricto protocolo en la ordenación de los asientos. El lugar de honor, en el centro, lo ocupaba el invitado más ilustre: el guerrero más valiente, el noble de más rango, el miembro más rico de la tribu. A su lado se sentaba el anfitrión; y a uno y otro lado del anfitrión y del huésped de honor se sentaban los otros invitados en orden de importancia decreciente. Algunos asistentes, como los portadores de escudos, permanecían de pie durante la comida; pero los lanceros, que parece gozaban de un *status* social más elevado, eran autorizados a sentarse –lejos de sus dueños–.

Los criados circulaban entre los invitados llevando comida y botellas de vino, bebida de las clases más altas. El pueblo bebía cerveza de trigo mezclada con miel, llamada *corma,* y a menudo la bebían de una copa común. Aunque Ateneo observó que cada hombre bebía sólo un poco cada vez, "no más que una pizca", añadió que "lo hacían con bastante frecuencia". Escribió también Ateneo que, salvo el uso ocasional de un puñal para cortar un trozo difícil de carne, los celtas comían con los dedos. "Partían la comida de un modo limpio pero leonino, asiendo miembros enteros con las manos y arrancando a bocados la carne."

Mientras los invitados comían, los bardos tocaban sus liras y cantaban canciones sobre trágicos amores y héroes muertos en combate. A veces los mismos invitados proporcionaban algún entretenimiento. "En la comida, por observaciones fortuitas, solían enzarzarse en disputas orales", refería Diodoro. Generalmente las disputas comenzaban por puro afán de alardear, pero a menudo terminaban en desafíos a un combate singular que se realizaba inmediatamente ante los invitados reunidos. Con frecuencia estas peleas acababan con la muerte de uno de los contendientes. Diodoro decía también que cuando los comensales habían acabado su comida y querían dormir, se acostaban simplemente en el suelo, "sobre pieles de animales salvajes para revolcarse entre sus compañeros del otro lado".



Ocupando un lugar importante, en la mayoría de las chozas hallstátticas había un telar de lana con los pesos colgantes de cada uno de los hilos verticales de la urdimbre. Una mujer hilaba para cada familia.



El lecho de la familia, hecho de arcilla, se acomodaba y calentaba con pieles. Sobre la pared hay ropas, lanzas y un palo con dos cuernos utilizado para arbitrar juegos.

En tiempos de paz, en que los nobles celtas no celebraban banquetes, se pasaba el tiempo en la caza y en los juegos. Eran muy aficionados a un juego de mesa llamado *fidchell,* parecido al ajedrez, aunque se jugaba con estacas. El juego favorito de los jóvenes y los muchachos era uno de pelota, un juego de campo con el reglamento del hockey sobre hielo, pero jugado con una pelota en vez de con un disco. Se decía que, en algunos juegos principescos, la pelota de juego estaba hecha de plata.

Pero estos vanos pasatiempos se dejaban pronto de lado cuando llegaba la principal preocupación de los celtas: la guerra. En su papel de guerreros fue como los celtas sorprendieron más a sus vecinos mediterráneos. Griegos y romanos escribieron frecuentemente sobre la bravura de los *gaesatae,* lanceros que entraban en combate desnudos a excepción de un torques en el cuello *(página 59),* y sobre el comportamiento furioso de los soldados celtas ordinarios, que se enardecían a sí mismos antes de la batalla y después luchaban salvajemente, como locos.

Después de la batalla, procedían de un modo igualmente incomprensible para sus adversarios griegos y romanos. Volvían cabalgando desde el campo con las cabezas de sus enemigos muertos colgadas del cuello del caballo. Después clavaban las cabezas en las paredes de sus casas o las embalsamaban con aceite de cedro para mostrarlas orgullosamente a sus visitantes –aunque el tratamiento con aceite de cedro se reservaba, según Diodoro, para las cabezas de los enemigos distinguidos–.

Por razones políticas, naturalmente, los escritores griegos y romanos tendían a centrarse en los aspectos más sensacionalistas y desagradables del carácter celta, incluyendo lo que ellos juzgaban una falta de freno sexual. Y, no obstante, las referencias aluden a menudo a otro carácter, sugiriendo que los celtas seguramente no fueron tan incivilizados como los pintan. El delicado Diodoro quizás los encontró bárbaros por su hábito de filtrar el vino a través de sus bigotes, pero los celtas se lavaban con jabón –una costumbre que los mismos griegos y romanos toda-



En un poblado celta no había panadero fijo, por lo que el horno era utilizado por todos. Primero se utizaba el fuego para calentar los hornos de arcilla abovedados; después, cuando bajaban las llamas, se extendía la masa sobre platos de cerámica y se colocaban éstos en el interior. Los alimentos cocidos y no comidos inmediatamente se dejaban endurecer, después se partían y se hervían con agua o leche como si fueran gachas. Los tablones colocados sobre cada horno dirigían el calor y el fuego hacia un agujero en el techo.

vía no habían adoptado–. Además, el guerrero celta, si no iba a la batalla desnudo, se hacía realmente pesado en su insistencia de vestir una limpia falda de lino antes de entrar en combate. La obesidad era tan repugnante para los celtas que pusieron castigos por ella. "Tratan de no engordar ni de ponerse panzudos", escribió Estrabón, "y ningún joven es perfecto si excede la longitud fijada del cinturón."

Tampoco fueron los celtas tan desenfrenadamente licenciosos como los pintaron sus contemporáneos. Lo que griegos y romanos tomaron como promiscuidad no era a menudo más que una diferencia de los códigos de conducta social. El escritor romano Dio Cassius, de mente más despejada que la mayoría de sus paisanos, citó con aprobación la réplica mordaz de una mujer celta a las escarnecedoras cargas de la promiscuidad a que le obligaba una matrona romana. "Nosotras cumplimos las demandas de la naturaleza de un modo mucho mejor que las mujeres romanas", decía la mujer celta amargamente, "porque nos unimos abiertamente al mejor hombre, mientras que vosotras os dejáis ser seducidas en secreto, por el más vil."

Aparte de esto, lo que a menudo pasaba como promiscuidad celta era simplemente la práctica cuidadosamente controlada de la poligamia. Aunque a los hombres celtas –y a veces a las mujeres– se les permitía tener más de una compañera, las leyes que regulaban estas relaciones eran infinita y meticulosamente detalladas. De hecho, los celtas tenían un agudo sentido de los derechos y deberes, tanto familiares como tribales, de cada miembro de su sociedad, desde el más humilde trabajador hasta el rey.

Desde luego, las normas que gobernaban esta sociedad altamente estructurada jamás fueron escritas; eran transmitidas oralmente por los druidas, que funcionaban como promulgadores de leyes, así como sacerdotes. Pero los esquemas generales de la sociedad celta pueden ser comprendidos leyendo entre líneas los poemas épicos irlandeses. Además, muchos detalles de aquel orden social se han conservado en los antiguos tratados de leyes irlandeses, las llama-

Una típica choza celta del año 100 a. de J. C., del período de La Tène, tenía un gran techo embreado de cañas entrelazadas que casi cubría las paredes de zarzas y barro. Estas estaban hincadas profundamente en tierra y trabadas con postes de madera.



das leyes de Brehon, que rigieron en Irlanda en los siglos que precedieron a la infiltración del sistema legal de sus vecinos británicos.

En los niveles más elevados de la sociedad irlandesa estaban los reyes, que a su vez se ordenaban en grados de poder. Cada *tuath,* o tribu individual, tenía un rey, pero algunos monarcas tribales eran lo suficientemente fuertes como para convertirse además en señores de tribus más débiles, y, por tanto, eran llamados superreyes. Por encima de los superreyes, con sus pequeños imperios, había cuatro reyes de superreyes, que eran los gobernantes de las cuatro provincias de Irlanda: Connaught, Ulster, Leinster y Munster. (En las viejas historias irlandesas, estas provincias eran llamadas, respectivamente, Connachata, Ulaid, Lagin y Mumu. Había también una quinta provincia central: Mide. Conocida también como Meath, ésta fue absorbida por sus vecinos tras una breve existencia. Sus fronteras corresponden aproximadamente a las del actual condado de Meath en el centro de Irlanda.)

Ninguno de los personajes de esta cadena real de mando gozaba de una soberanía real en el moderno sentido de la palabra; no hacían ni deshacían leyes, ni juzgaban o castigaban a sus violadores. En una primitiva versión de la doctrina de separación de poderes, al rey, en cualquiera de sus niveles, le concernían esencialmente los asuntos militares de la tribu y la diplomacia intertribal. Sus súbditos buscaban en él un jefe militar en época de guerra y, a su vez, le prometían prestaciones militares. De un modo similar, el rey recibía de sus súbditos un tributo anual, y él les daba regalos de su propiedad, como tierra o ganado. Los beneficios de este tipo de contrato eran mutuos: el rey obtenía hombres y armas, cuando los necesitaba, y un ingreso sustancial; sus súbditos obtenían la protección y el prestigio de estar asociados a un gobernante poderoso.

El rey era elegido por sus pares –hombres de origen noble como él–. Pero el rey mismo tenía que ser miembro de la familia real. Este requisito no limitaba la elección de gobernantes más de lo que cabe suponer. Como toda familia celta, la familia real constaba de todos los descendientes de un solo bisabuelo –una unidad social que, en cuatro generaciones de matrimonios polígamos, podía alcanzar un gran número de candidatos–. Con tantos competidores, los políticos, en realidad, debieron de desempeñar un papel importante en la elección final de un rey. Y sin duda el juego político condujo a veces a disputas y matanzas familiares.

No obstante, cualquiera que fuese el resultado de la elección, se creía que el rey elegido había obtenido su reinado por intervención divina. Es ésta una antigua tradición, común a la mayoría de las sociedades indoeuropeas, que en la sociedad irlandesa fue reconocida de distintos modos. En los poemas épicos irlandeses. los hombres jóvenes se convertían frecuentemente en dioses durmiendo con mujeres horrorosas que resultaban ser deidades. La reina Medb de Connaught, que aparece en muchas historias antiguas y se cree fue el principal agente en la elección de no menos de nueve reyes irlandeses, a menudo es representada a la vez como divina y como físicamente repugnante. Según la misma tradición, Lugaid, legendario héroe irlandés, logra su reinado al dormir con una bruja. "Yo te diré, gentil muchacho", susurra ella suavemente al oído de Lugaid, "conmigo duermen los grandes reyes. Yo soy una graciosa y delicada muchacha –la soberanía de Escocia e Irlanda–." Lugaid acepta su oferta, quizás con escrúpulos, y lo suficientemente seguro de que va a convertirse en rey.

Los rituales con trasfondos religiosos tuvieron también su importancia en la inauguración del rey. Giraldus Cambrensis, historiador escocés del siglo XII,



Colocados en una pared interna de la choza de La Tène, se ven reconstrucciones de útiles celtas antiguos de hierro y madera: hoces, una guadaña, cuchillos, hachas y cuencos. Tales útiles facilitaban a los hombres de la Edad del Hierro las tareas de la cosecha, la construcción y la de cocinar.

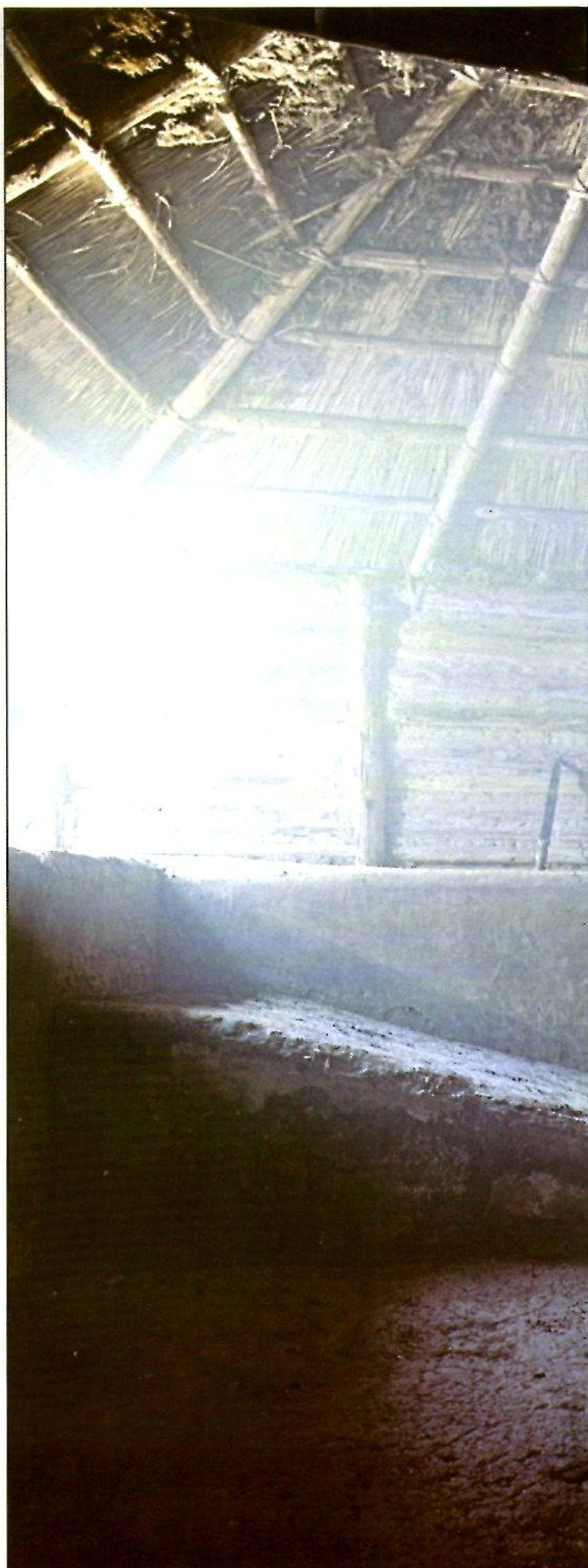
aseguraba que el rey elegido de una tribu celta se casaba ritualmente con una yegua blanca, acabado lo cual la yegua era sacrificada, cortada en trozos y cocida –el rey se bañaba luego en el caldo de esta carne y lo bebía después–. "Si eran debidamente cumplidas estas perversas cosas", escribía Giraldus, "se ratificaba su autoridad y dominio real."

A pesar de la desaprobación de Giraldus, en realidad la ceremonia que describió estaba seguramente basada en un ritual religioso muy antiguo. En las escrituras de la religión hindú –los Vedas– la esposa de un gobernante realiza una unión simbólica similar con un garañón o un toro; la finalidad era asegurar prosperidad y abundancia para el pueblo de su marido a través de la unión del hombre y las bestias de sus campos. Quizá la ceremonia inaugural celta tuvo un significado parecido.

La religión cimentaba la posición del rey después que él iniciaba su ejercicio. Y si era depuesto o asesinado, casi siempre lo era por razones religiosas, nunca políticas: se creía que el rey había traicionado la fe sagrada o perdido de algún modo la gracia divina. De un rey se esperaba, por ejemplo, que fuese un espécimen físico perfecto, porque, en realidad, su persona representaba la salud y el bienestar de su pueblo. Así, en una historia, un rey llamado Nuada pierde una mano en la batalla y rápidamente tiene otra hecha de plata. La mano artificial es, en todos los sentidos, una réplica exacta de la verdadera, hasta en las articulaciones. No obstante, desgraciadamente para Nuada, su pueblo decide que él no es perfecto y le exigen que renuncie al reinado.

En la sociedad celta, inmediatamente por debajo del rey estaba la *élite* tribal –guerreros, hombres de letras y, a veces, artesanos–. No queda claro quién colocaba a quién en cada nivel de la sociedad, que por otra parte tenía una gran fluidez –los hombres

La atmósfera interna de una casa de La Tène estaba oscurecida por el humo de la cocina. Como el techo inclinado no tenía aberturas, la única ventilación de la choza semisubterránea se producía a través de la puerta, al final de una rampa. Un caldero de hierro para cocer la comida colgaba de una cadena sobre las llamas; al lado había un molino de mano de piedra para moler el grano (derecha), al cual se le daba vueltas con un palo vertical fijado a una traviesa.



subían y caían según el favor del rey y sus propias fortunas económicas–. Probablemente los intelectuales constituyeron el grupo de mayor estabilidad, pues las personas con un conocimiento especial inspiraban un particular respeto. Así, los druidas fueron honrados como sacerdotes y promulgadores de leyes; los *filid*, o profetas y satíricos, fueron respetados en cuanto la sátira era una importante arma de propaganda contra los enemigos, y los bardos eran altamente considerados como historiadores de la tribu. Con sus conocimientos de poesía y música, los bardos componían poemas laudatorios para sus señores, que no sólo les entretenían sino que también contenían y perpetuaban datos genealógicos vitales.

El *status* de los artesanos es más difícil de fijar. Su pertenencia a la nobleza estuvo basada quizás en su experiencia y valía ante sus patronos. Algunos herreros, por ejemplo, tuvieron una alta graduación en la escala social, no sólo por su producción de armamentos sino también por el trasfondo de magia asociado a su arte. Otros trabajadores del metal fueron considerados poco más que jornaleros.

En cuanto a los guerreros, aunque compartían la vida deportiva del rey –abatían aves con él, cazaban con jaurías, perseguían jabalíes salvajes desde los carros–, su *status* entre la *élite* era probablemente el más inseguro. A pesar de su noble linaje, el prestigio de cada guerrero dependía de su reputación económica, y mantener esta reputación entrañaba riesgos. Como al rey, le pertenecía una propiedad que repartía entre los "clientes" en agradecimiento al tributo que se le rendía en forma de bienes y servicios. Pero su rango estaba muy determinado por el número de clientes que podía mantener. Un noble exactamente debajo del rey en el *status* social podía, por ejemplo, tener hasta 40 clientes, mientras que un noble menor podía tener 10 solamente.





Esta extraña figura de vidrio, de sólo 2 cm de longitud, representa un perro, y es un tributo a la habilidad de los artesanos celtas del siglo I a. de J. C. Encontrado en Wallterheim, Alemania, está realizado en vidrio azul opaco, sobre el cual el artesano fundió tiras de vidrio blancas y amarillas.

En realidad, estos clientes eran agricultores arrendatarios, sujetos a cierto vasallaje, pero los había de dos clases: "libres" y "vasallos", propiamente dichos. El cliente libre venía de un *status* social más elevado que el cliente vasallo, y, teóricamente, podía ser señor de un cliente vasallo. En los antiguos tratados legales, un hombre libre podía poseer siete vacas y un toro, siete cerdos y una cerda de cría, siete ovejas, un caballo y el pasto suficiente para alimentar siete vacas durante un año. Junto con otros tres agricultores, poseía una cuarta parte de un arado y una reja de arado, un buey, un aguijón y un cabestro; también compartía con los otros tres la posesión de un horno, un molino y un granero.

La relación de un hombre libre con su señor era más ventajosa que la de un cliente vasallo: la obligación de contrato de un hombre libre hacia su señor duraba un período fijo de tiempo y le posibilitaba aumentar gradualmente sus posesiones. Durante siete años el señor le arrendaba ganado y a su vez recibía siete años de servicio personal en su casa. El señor tenía también un porcentaje del ingreso anual del hombre libre, pagado en forma de productos elaborados más que en forma de materia prima; o sea, un hombre libre pagaba a su señor con cerveza, más que con la cebada utilizada para fabricarla. A medida que proseguían las contribuciones, los pagos eran más elevados –aproximadamente una tercera parte de la producción anual del hombre libre–. Pero al final de los siete años, el ganado arrendado pasaba a su propiedad, y el hombre libre podía iniciar un nuevo contrato por un ganado adicional –con el mismo señor o con otro diferente, si él lo prefería–.

Sin embargo, la dependencia del cliente vasallo para con su señor duraba hasta la muerte. Aunque él también recibía ganado de su señor a cambio de un pago anual de tributo, el ganado no pasaba a su propiedad al final de un período fijo. Además, su tributo anual era a veces pagado en forma de materia prima, más que de productos elaborados. Y, a diferencia del hombre libre, cuyo servicio hacia el señor se desarrollaba siempre en la casa de éste, el vasallo constituía la mano de obra para el campo. Ayudaba a producir la cosecha y hacía el trabajo manual en la construcción de las fortificaciones.

Al establecer un contrato entre un señor y un cliente vasallo, había otra consideración importante. El señor pagaba al agricultor una parte de su precio de honor establecido –literalmente el precio de su honor–. Según la ley celta, cada hombre tenía una valoración económica, impuesta por la comunidad según su situación en ella. Si un vasallo era injuriado mientras realizaba sus obligaciones hacia la unidad social, se le debía una compensación basada en su precio de honor. Por lo tanto, pagando un adelanto del precio de honor de su cliente vasallo, un señor estaba en realidad comprando un derecho de retención sobre los servicios de su cliente; y en caso de injuria hacia el cliente él podía reclamar parte de la compensación. La compra del precio de honor de un cliente vasallo convertía poco más o menos en esclavo a esta clase de agricultores. Aunque técnicamente podía separarse de un señor y servir a otro

–pagando al primero el préstamo y el derecho de retención sobre su precio de honor–, raramente su posición económica se lo permitía. Solía vivir en una servidumbre permanente.

Aun así, los clientes vasallos estaban mucho mejor que los hombres que pertenecían a lo más bajo de la escala social celta: los esclavos. En este estrato de la sociedad estaban los indeseables locales y los cautivos de otras tribus –que a veces eran utilizados como medio de cambio: el precio de un carro de dos ruedas se calculaba en cierto número de doncellas–. Sobreviviendo sin tierra ni familia, el esclavo vivía y moría casi como un número, apenas con un cuenco donde guardar sus huesos para futura meditación de estudiosos.

En este mundo celta cuidadosamente estructurado, con su énfasis en el *status* y la familia, nadie podía operar fuera del sistema, y la fidelidad al sistema era vital. Para asegurar su continuidad, los celtas –como muchos pueblos antes y después de ellos– concedieron especial importancia a la educación de sus hijos. El modo celta fue mediante la adopción, que en realidad sacaba a los niños de sus casas cuando eran bastante jóvenes –incluso antes de que hubieran alcanzado los siete años– y los introducía en el amplio mundo de la tribu y en las cosas que la tribu esperaría de ellos cuando llegaran a adultos.

Las familias que los criaban eran parientes y amigos, seleccionados por su prestigio social o por su estado económico. A veces no había ninguna retribución; mas otras veces el padre del niño daba a los padres adoptivos una suma proporcionada a su propio rango y al sexo del niño: las chicas costaban más que los niños. Por ejemplo, los gastos de alimentación, vestido e instrucción del hijo de un hombre libre se valoraban en seis vaquillas o una vaca y media lechera, mientras que los costos de una niña se calculaban en ocho vaquillas o dos vacas lecheras. Aunque una niña permanecía con sus padres adoptivos sólo hasta la edad de 14 años y un niño estaba tres años más, el costo de la educación de éste era menor, porque el niño, al final, ayudaba a pagar sirviendo a su familia adoptiva y porque suponía menos problemas para crecer. Una chica, según la visión celta, daba más trabajo y requería más servidores, lo que encarecía su cuidado.

Junto con otros niños de la casa, muchos de los cuales podían ser también niños adoptados, cada niño aprendía los oficios que necesitaría después en la vida. Una hija de un agricultor aprendía, por ejemplo, a moler el grano y amasar el pan, mientras que la hija de un noble aprendía a coser y bordar. Para los niños el entrenamiento incluía siempre actividades físicas básicas: cabalgar, nadar y manejar la honda. A los hijos de los nobles se les enseñaban además las artes de la guerra: a lanzar la jabalina, manejar la espada y luchar desde un carro en movimiento.

En las leyendas irlandesas hay muchas alusiones a la institución de la adopción, y ninguna más deliciosa que la historia de los hechos infantiles de Cúchulainn, héroe de un ciclo de historias en prosa y verso, la más famosa de las cuales es *Täin Bó Cuailnge* o *La incursión de ganado de Cooley* *(páginas 77-83)*. El cuadro que la historia refleja sobre la sociedad celta en su respeto básico por las normas y la integridad está a mucha distancia de lo que nos presentan los escritos de griegos y romanos.

Cúchulainn, según la traducción moderna de Thomas Kinsella, ruega a su madre que le deje unirse a los 150 niños adoptivos asignados a la casa del rey Conchobar del Ulster, que es también tío suyo y el guerrero más grande de toda Irlanda.

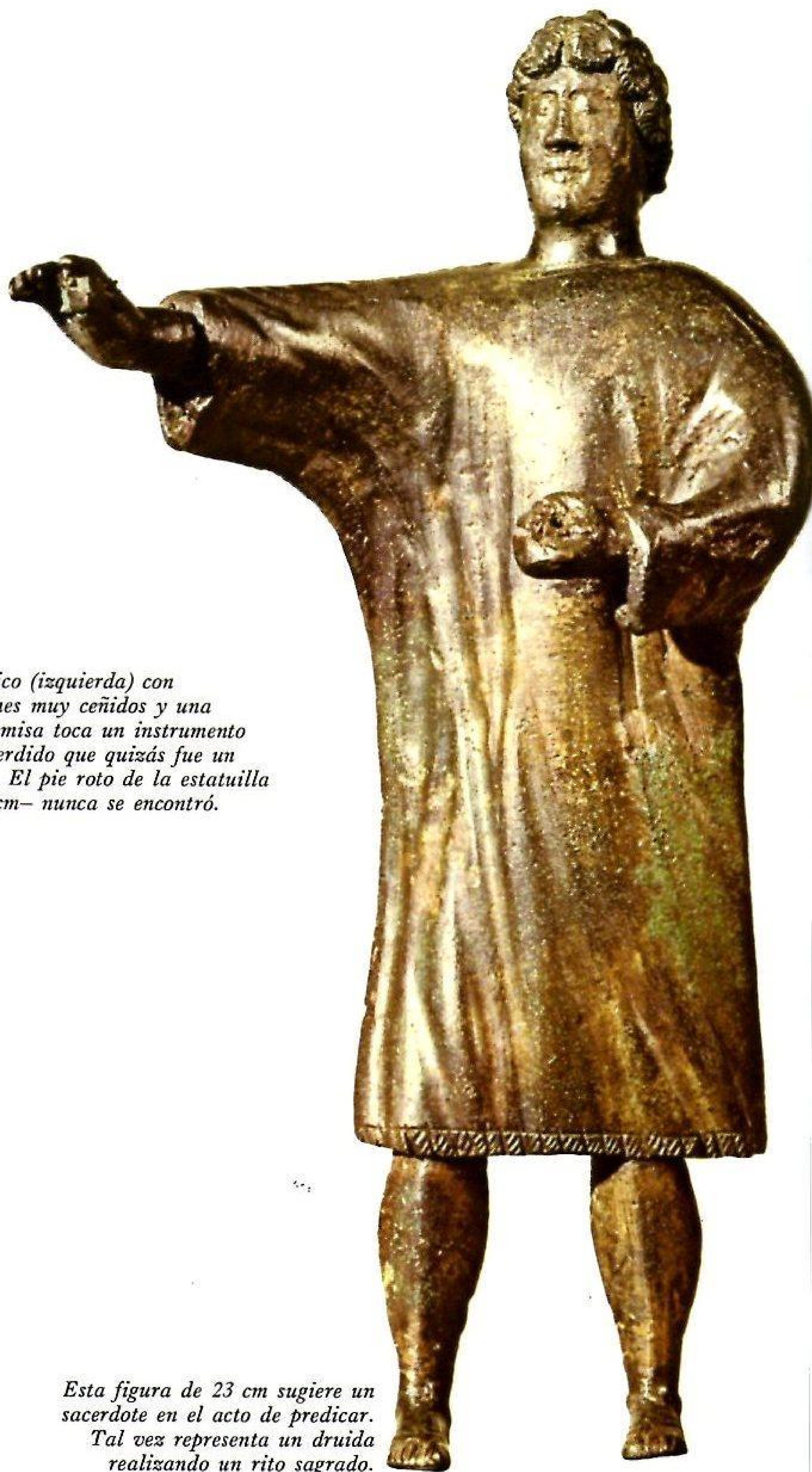
El rey tiene la corte en Emain, la capital, a unos 50 km de la casa de Cúchulainn.

Celebrantes en plena acción

En 1861, unos trabajadores franceses que sacaban arena en Neuvy-en-Sullias, cerca de Orléans, descubrieron por casualidad un escondrijo de exquisitas estatuillas de bronce que habían permanecido enterradas durante casi 2.000 años. Como tesoros sagrados, habían sido rápidamente escondidas ante el pillaje de los romanos. Entre ellas había vibrantes figurillas que recuerdan a los actores y animadores de las celebraciones sagradas celtas. El escondrijo proporcionó también la representación dignificada de un anciano varón que pudo ser un hombre sagrado. Estas esculturas pueden datarse, sólo aproximadamente, entre el 100 y el 300 d. de J. C., una época marcada por la progresiva decadencia de la Galia celta, cuando las legiones romanas luchaban contra bandas de bandidos galos y de tribus germánicas invasoras.

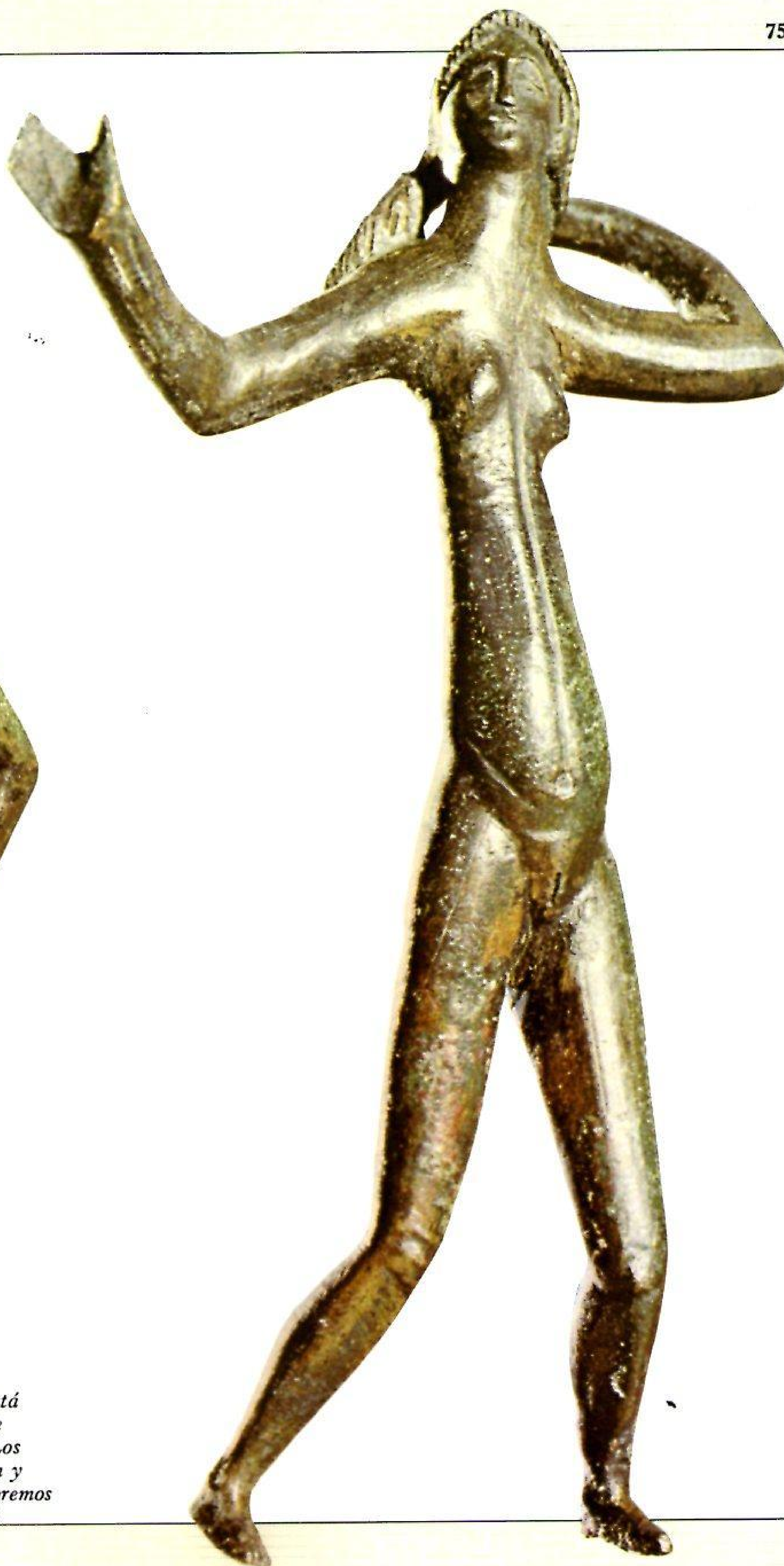


Un músico (izquierda) con pantalones muy ceñidos y una larga camisa toca un instrumento ahora perdido que quizás fue un címbalo. El pie roto de la estatuilla –de 10 cm– nunca se encontró.



Esta figura de 23 cm sugiere un sacerdote en el acto de predicar. Tal vez representa un druida realizando un rito sagrado.

Moviéndose sobre los dedos de sus pies, una pequeña danzarina (derecha) da vueltas en una danza ritual que entre los celtas se realizaba desnudos. La figura, de 15 cm, es una de las tres únicas esculturas de danzarinas celtas descubiertas –todas ellas cerca de Orléans–.





Tenso el cuerpo, un malabarista (arriba) está atento para que una pelota lanzada al aire caiga en la copa que hay sobre su frente. Los estudiosos señalan que esta figura de 13 cm y otras encontradas con ella son ejemplos supremos de la habilidad celta para enfriar el metal.

"Tú no puedes ir", dijo su madre, "hasta que haya algunos guerreros del Ulster que te acompañen."

"Hay que esperar demasiado", contestó Cúchulainn. "Señálame el camino hacia Emain."

"Por allí, hacia el norte", dijo su madre. "Pero es un camino difícil."

"No obstante, lo intentaré", añadió Cúchulainn.

Salió, pues, con su escudo de juguete hecho de madera y su jabalina de juguete y su palo de jugar a pelota y una pelota. Se entretenía lanzando su jabalina hacia delante y cogiéndola de nuevo antes de que cayera en tierra.

Después corrió hacia los muchachos de Conchobar sin obtener de ellos la garantía de salvedad. El no sabía que nadie se dirigía hacia ellos en su campo de juego sin obtener antes de ellos una promesa de salvedad.

"Está claro que este joven compañero viene del Ulster", dijo Follamain, hijo de Conchobar, "y además nos desafía."

Le gritaron, y él siguió caminando hacia ellos. Lanzaron tres veces cincuenta jabalinas contra él, y él las paró todas con su escudo de madera. Entonces lanzaron todas sus pelotas contra él, y él las paró todas con el pecho. Después le tiraron sus palos de juego, tres veces cincuenta palos: él los esquivó tan bien que ninguno le tocó, excepto un puñado que cogió al vuelo.

En este punto de la historia, a Cúchulainn le sobreviene la ira celta –lo que los romanos llamaron *furor*–. Sus cabellos se le erizan; él cierra un ojo hasta una ranura más estrecha que el ojo de una aguja y abre el otro más que la boca de una copa. Separa sus dientes hasta enseñar el gaznate y arremete contra los chicos derribando a cincuenta de ellos antes de que puedan huir por las puertas de Emain. Dentro de las murallas, el tropel de niños pasa volando junto al rey Conchobar, que está jugando al *fidchell*. En realidad, nueve de ellos saltan sobre el tablero de *fidchell*. Conchobar coge a su perseguidor Cúchulainn por la cintura cuando éste pasa como una flecha y lo levanta.

"Estos chicos están muy mal dirigidos", dijo Conchobar.

"Yo tengo la razón, amigo Conchobar", dijo Cúchulainn. "Yo he dejado mi casa, a mi madre y a mi padre para unirme a sus juegos, y ellos me tratan toscamente."

"¿De quién eres hijo?", preguntó Conchobar.

"Soy hijo de tu hermana Deichtine. No esperaba ser injuriado aquí."

"Bien, ¿por qué no te pusiste bajo la protección de los chicos?", inquirió Conchobar.

"Yo no sé nada de esto", respondió Cúchulainn, "pero ahora les pido su protección."

"Ya la tienes", dijo Conchobar.

Entonces, Cúchulainn comenzó la persecución del tropel de chicos por la casa.

"¿Qué les vas a hacer ahora?", preguntó al instante Conchobar.

"Ofrecerles mi protección", respondió Cúchulainn.

"Prométela aquí y ahora", dijo Conchobar.

"Lo prometo", añadió Cúchulainn.

"Entonces", termina el narrador, "fueron todos al campo de juego, y los chicos que habían sido derribados se levantaron con ayuda de sus padres y madres adoptivos."

Violento relato celta en un panel de plata

Un caldero de plata complicadamente repujado *(derecha),* desenterrado a trozos en una turbera de Gundestrup, en Jutlandia (Dinamarca), fue identificado desde su descubrimiento en 1891 como de origen celta. Muchos expertos que han estudiado el cuenco –ahora reconstruido y depositado en el Museo Nacional Danés de Copenhague– coinciden generalmente en que data del siglo I a. de J. C. y muy posiblemente fue llevado como botín de guerra desde Europa central hasta Dinamarca, donde los antiguos habitantes de Jutlandia lo colocaron en el pantano como una ofrenda ritual. Mide 68 cm de diámetro en el borde.

La historia que narran los paneles del cuenco ha sido siempre un enigma. Recientemente se ha querido ver una relación entre las escenas del caldero de Gundestrup y una historia celta irlandesa escrita por primera vez en el siglo IX d. de J. C. Según una teoría del Peabody Museum de la Universidad de Harvard, los episodios de la épica irlandesa *Táin Bó Cuailnge (La incursión de ganado de Cooley)* son paralelos a la historia ilustrada por las figuras del cuenco.

Los teorizadores de Harvard creen incluso que, aunque los nombres de personas y lugares del *Táin* son peculiarmente irlandeses, las denominaciones pudieron adaptarse a las de otra región, como ocurrió con los mitos griegos aparecidos en Roma. Por lo tanto, la antigua historia irlandesa sería en realidad un mito mucho más antiguo, que se originó –como el cuenco– en el continente.





En el centro del caldero de Gundestrup (arriba) hay un toro muerto. Algunos estudiosos sugieren que el animal representa el personaje central de un mito celta y que los paneles del interior del cuenco ilustran la historia. La cara del panel exterior (abajo) pertenece quizás a Medb, reina-diosa.

El carro de guerra de una reina

Los eruditos que afirman que el caldero de Gundestrup relata, en esencia, la misma historia que las versiones del Táin, redactadas en época cristiana, enlazan la épica irlandesa con versiones del mito conservado desde tiempos paganos.

La historia irlandesa trata de la reina Medb, que gobernaba la región occidental de Irlanda conocida actualmente como Connaught. Medb invade el norte de Irlanda para recobrar el riquísimo toro marrón llamado Donn Cuailnge. Durante un tiempo el animal le había pertenecido, pero escapó y se fue a la provincia del Ulster, del rey Conchobar. Cúchulainn, joven héroe del Ulster, era contrario a Medb y partidario de Conchobar; él derrota a las fuerzas de Medb conducidas por Fergus, su amante. Y el toro –origen de la discordia– muere luchando con un toro de blancos cuernos de Connaught llamado Finnbenauch.

Según Garrett S. Olmsted, del Departamento de Antropología de Harvard, los cinco primeros paneles interiores del cuenco de Gundestrup *(derecha)* podrían ser una variante europea de la escena que abre la historia de Táin: una reina en su carro preparándose a emprender una expedición para recobrar el toro.



Unos elefantes protegen el carro que lleva a la heroína, en el primer panel del caldero. Una pantera amenazadora y dos grifos (animales míticos con cabezas de águila y cuerpos de león), representantes de la diosa de la guerra, merodean delante de ella.



ORIGENES DEL HOMBRE

Títulos publicados

1 El Eslabón Perdido (I)
2 El Eslabón Perdido (II)
3 La Vida antes del Hombre (I)
4 La Vida antes del Hombre (II)
5 El Primer Hombre (I)
6 El Primer Hombre (II)
7 El Hombre de Neanderthal (I)
8 El Hombre de Neanderthal (II)
9 El Hombre de Cro-Magnon (I)
10 El Hombre de Cro-Magnon (II)
11 Los primeros Americanos (I)
12 Los primeros Americanos (II)
13 El Neolítico (I)
14 El Neolítico (II)
15 Los Constructores de Megalitos (I)
16 Los Constructores de Megalitos (II)
17 El Descubrimiento de los Metales (I)
18 El Descubrimiento de los Metales (II)
19 Los Celtas (I)

Próximo volumen

20 Los Celtas (II)

EX LIBRIS Scan Digit **Villano 66**



The Doctor

http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

http://el1900.blogspot.com.ar/

http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/